

# LOS DEMONIOS DEL CIELO

## Lou Carrigan



Lectulandia

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

El secuestrador adelantó un paso, alzó la metralleta, y descargó un golpe con el culatín en la cabeza de Tony Mayfair, que emitió un resoplido, cayó de rodillas golpeando con su barbilla las de Cheryl, y luego se derrumbó de lado, quedando con medio cuerpo en el pasillo. La alarma cundió entre los pasajeros, volvieron a oírse exclamaciones y gritos de sobresaltos, hasta que el secuestrador alzó la metralleta con gesto enérgico, apuntando hacia los pasajeros, que volvieron a enmudecer.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

# **Los demonios del cielo**

**Bolsilibros: Punto Rojo - 954**

**Brigitte en acción - 339**

ePub r1.0

xico\_weno 27.11.17

Título original: *Los demonios del cielo*

Lou Carrigan, 1980

Ilustraciones: Miguel García

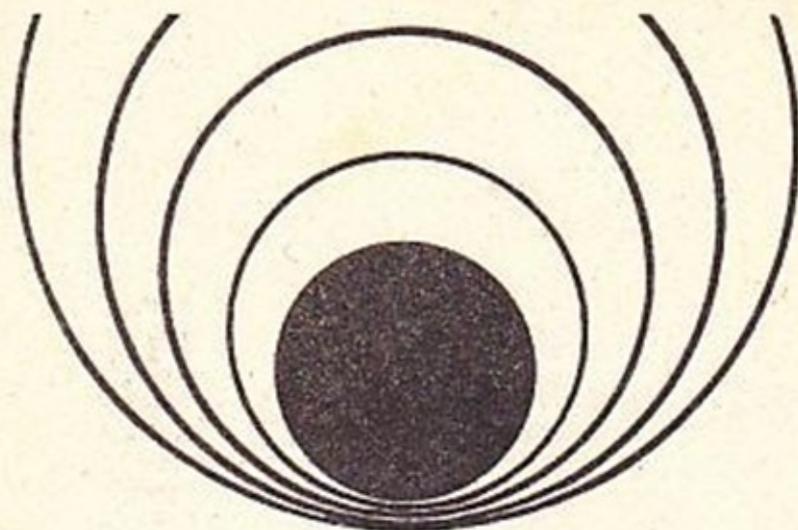
Editor digital: xico\_weno

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



# **PUNTO ROJO**

---



## CAPÍTULO PRIMERO

—Te lo diré bien claro: ¡me vuelven loco las azafatas!

Dicho esto, Tony Mayfair guiñó un ojo a Cheryl, la joven y lindísima azafata que estaba de servicio en el vuelo New Orleans-Miami, de la línea aérea Starlines.

—Es usted muy amable, señor... —sonrió Cheryl—. ¿Desea alguna cosa más?

—Y todavía te diré más —dijo Mayfair—: ¿sabes cómo os llamo? ¿Eh? ¿Lo sabes?

—No, señor; no lo sé.

—Pues os llamo los angelitos del cielo... ¿Qué te parece?

—Me parece, señor, que debo darle las gracias en nombre de todas las azafatas del mundo —sonrió amablemente Cheryl.

—Eres una chica inteligente y agradecida —aprobó Mayfair—. Lo que te convierte en algo especial, cariño: joven, guapa, inteligente, agradecida, simpática... ¡Una chica como tú es lo que necesita un viejo solterón como yo!

Cheryl casi soltó la carcajada. A decir verdad, el pasajero señor Mayfair se estaba pasando un poco, era lo que se llama en términos vulgares un rollista de primera categoría. Bueno, era un rollista, un pelma: de acuerdo. ¡Pero de eso a ser un viejo...! El señor Mayfair debía tener alrededor de treinta años, era alto, atlético, más bien rubio, y, aunque no se podía decir que fuese guapo-guapo, era un hombre atractivo; resultaba muy viril con sus facciones angulosas, su boca grande, su mandíbula de fanfarrón, sus claros ojos sonrientes pero inquisitivos, atentos.

Tony Mayfair sonrió al ver que la chica casi reía.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No te crees que estoy soltero?

—Sí, señor; eso sí.

—¿Entonces...?

—¿Le traigo más hielo para el *whisky*, señor?

—No, señor —masculló Tony—, porque si me traes más hielo al final voy a estar bebiendo agua teñida de color *whisky*. De modo que no quiero más hielo. Pero puedes traerme un huevo.

Cheryl Larson quedó pasmada un instante.

—Un huevo... Muy bien, señor. ¿Cómo lo quiere?

—Con pollito dentro.

—¿Qué?

—Yo diría que lo he dicho bien claro, ¿no?: quiero un huevo con pollito dentro. O sea, que no quiero un huevo frito, ni pasado por agua, ni duro, ni en tortilla... ¡Quiero un huevo con pollito dentro! ¿Está claro?

—Sí, señor, pero me temo...

—Estás sorprendida, ¿no es cierto?

—Digamos que es la primera vez que un pasajero me pide un huevo con pollito, señor.

—Será porque a los demás pasajeros les das más conversación que a mí —gruñó Tony Mayfair—. Por eso quiero un huevo con pollito. Te diré cuáles son mis proyectos al respecto: tú me traes el huevo con pollito, yo incubo el huevo hasta que finalmente salga el pollito, y en cuanto él animalito diga «pío, pío», le digo que de eso nada, que no se dice «pío, pío», sino «buenos días, Tony». Ése es el primer paso. Luego, le enseño al pollito a decir más cosas, a sostener una conversación larga y simpática, y así no me sentiré tan solo durante el resto del vuelo... ¡Ya que tú no quieres charlar conmigo, venga ese huevo con pollito!

Cheryl tuvo que soltar la carcajada.

—También enseñaré al pollito a reír, claro —dijo Tony.

—No se lo tome a mal, señor —dijo Cheryl, todavía riendo—. Con gusto conversaría con usted, pero hay otros pasajeros que están esperando mis servicios. Estoy segura de que usted comprende esto, señor.

—Podemos hacerlo al revés: tú les traes huevos con pollito a los demás pasajeros, y luego te quedas charlando sólo conmigo... ¿Qué te parece la idea?

—Lo haré si encuentro huevos con pollito a bordo, señor. Y ahora, por favor, discúlpeme.

—No te disculpo.

—Estoy segura de que sí, porque es usted muy simpático. Si desea algo más, pídamelo, por favor.

—No te olvides del huevo con pollito. O como mínimo, tráeme una cotorra brasileña. Cheryl Larson se alejó del pasajero Anthony Mayfair, sonriendo, dispuesta, efectivamente, a atender a otros pasajeros, algunos de los cuales, que habían escuchado la conversación, todavía sonreían. No estaba mal eso del pollito. Podían explotarlo, desde luego. No al pollito, sino al truco del pollito para intentar ligar...

Tony Mayfair miraba ahora por la ventanilla. El paisaje, aunque siempre interesante y atractivo para Tony, no podía ser, al mismo tiempo, más simple: el mar. El avión estaba trazando un rumbo en línea recta desde Nueva Orleans a Miami, de modo que forzosamente tenían que volar sobre el mar. El mar es bonito, pensaba Tony, porque aunque unos dicen que es verde, y otros dicen que es azul, lo cierto es que el mar es de todos los colores; o puede serlo, según las circunstancias... Resumiendo: el mar es impresionante y versátil. Sí, señor, y no había más que hablar ni más que pensar al respecto.

La Starlines era una compañía de vuelos simpática. El pasajero se sentía a gusto, ésa era la verdad. Y además, todas las azafatas eran preciosas. Claro, ya se sabe que cualquier azafata de vuelo debe reunir determinadas condiciones que la convierten, generalmente, en una persona agradable. Pero hay que ser sincero: no todas las azafatas son lo que se dice *guapas*. En cualquier línea aérea se podía comprobar esto: las azafatas son amables, educadas, simpáticas y hasta en muchísimas ocasiones, encantadoras. Pero guapas-guapas, no lo son todas... En la Starlines, sí. En la Starlines todas eran guapas-guapas.

Así que se podía llegar a dos conclusiones. Una: que la Starlines era la compañía más exigente de Estados Unidos respecto a la belleza física de sus azafatas. Dos: que todas las chicas guapas acudían a emplearse como azafatas en la Starlines. Tenía que ser una de estas dos cosas. Y asunto archivado...

—¿De verdad no quiere otro *whisky*, señor?

Tony dejó de mirar por la ventanilla para mirar a Cheryl, que le contemplaba sonriente detenida en el pasillo. Por un instante, Cheryl creyó ver en los simpáticos ojos de Mayfair una expresión... diferente, no tan simpática como antes; una expresión como absorta y dura. Pero no. Debía haberse equivocado. El señor Mayfair sonreía como lo había hecho desde el mismo momento en que subió a bordo.

—De verdad que no.

—Entonces, voy a ver si tenemos huevos con pollito...

—Estaba pensando...

—¿Sí? —se interesó Cheryl.

—Estaba pensando: ¿por qué las azafatas no llevan pantalones, sino faldas? Y al decir pantalones, claro, me refiero a unos como los míos, ¿comprendes?

—Sí, señor. ¿Por qué supone usted que no llevamos pantalones las azafatas?

—Porque entonces no se os verían las piernas. Esto nos lleva a la conclusión de que queréis que se os vean las piernas. Así que pregunto: ¿por qué las azafatas quieren que se les vean las piernas? ¿Eh? ¿Por qué?

—¡Estoy segura de que ya ha encontrado la respuesta!

—¡Por supuesto! Es muy sencilla: queréis que se os vean las piernas porque sabéis que las tenéis bonitas. Y entonces, si las chicas tenéis las piernas bonitas: ¿por qué algunas se ponen pantalones, vamos a ver?

—Quizá las que llevan pantalones no tienen las piernas bonitas —sugirió Cheryl.

—No, señor, porque yo he conocido chicas con pantalones, y cuando se los han quitado... Ejem... Quiero decir que...

—Señores pasajeros —sonó la voz masculina por los altavoces del reactor—, les habla el comandante. Voy a rogarles a todos que permanezcan en sus asientos con toda tranquilidad. Por favor, no se preocupen, no se alarmen. Vamos a variar ligeramente el rumbo, pero el aparato está en perfectas condiciones. El cambio de rumbo se debe únicamente a que el avión acaba de ser secuestrado, y estamos...

Las siguientes palabras del comandante del avión no fueron oídas, pues comenzaron los gritos, las exclamaciones, los soponcios. Cheryl y Tony habían quedado inmóviles, mirándose. En el rostro de la linda azafata apareció un gesto de estupefacción. Tony Mayfair, simplemente, parpadeó.

—¡Por favor! —Se elevó el tono de voz del comandante—. Por favor, les ruego que me escuchen con atención. Nadie va a sufrir daño alguno. Estamos recibiendo instrucciones para el nuevo rumbo, y al mismo tiempo la seguridad de que ninguno de los pasajeros será molestado ni perjudicado en modo alguno, siempre y cuando permanezcan en sus asientos. Suplico a todos que tengan serenidad. Gracias.

Anthony Mayfair volvió a parpadear, giró la cabeza y su mirada fue hacia proa. Allí, delante de la puerta que separaba la zona de pasajeros de la del servicio y cabinas, había aparecido un hombre moreno, de cabellos rizados, sosteniendo una metralleta.

—¡Oh, Dios mío...! —gimió Cheryl.

—Espero que esto no sea un *show* de la Starlines para divertir a los pasajeros —dijo Tony.

Cheryl se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Tony torció el gesto. No era momento de bromas, desde luego. Su mirada volvió hacia el hombre de la metralleta. Los pasajeros habían enmudecido, y sólo se oían, aislados, algunos sollozos femeninos.

—¡Usted, venga aquí! —ordenó el tipo de la metralleta, dirigiéndose, obviamente, a Cheryl.

Los ojos de la azafata se abrieron todavía más. Parecía incapaz de moverse.

—¡Le he dicho que venga aquí!

—Será mejor que obedezca —dijo Tony—. Pero si se encuentra mal, la acompañaré.

—No, no, estoy... estoy bien...

—Tonterías —dijo, poniéndose en pie—: ¿No se da cuenta de que está a punto de desmayarse?

No era en absoluto cierto, pero ya estaba en el pasillo, sosteniendo a Cheryl por un brazo, y ayudándola a caminar hacia el secuestrador, que alzó la metralleta.

—¡Usted, vuelva a su sitio! —rugió.

—Oiga, no se pase, ¿eh? —Gruñó Tony—. La chica se encuentra mal, de modo que la estoy ayudando, eso es todo.

—¡Le digo que vuelva a su sitio!

—No me da la gana —replicó Tony.

Para espanto de los demás pasajeros, y sobre todo de la azafata, continuó caminando junto a ella, sosteniéndola de un brazo, hasta llegar a los primeros asientos. Allí, observando malignamente por el muy atento secuestrador, Tony ayudó a sentarse a la muchacha, y le dio unas palmaditas en una mejilla.

—Ea, ea, no pasa nada, cariño. ¿Verdad que...?

El secuestrador adelantó un paso, alzó la metralleta, y descargó un golpe con el culatín en la cabeza de Tony Mayfair, que emitió un resoplido, cayó de rodillas golpeando con su barbilla las de Cheryl, y luego se derrumbó de lado, quedando con medio cuerpo en el pasillo. La alarma cundió entre los pasajeros, volvieron a oírse exclamaciones y gritos de sobresaltos..., hasta que el secuestrador alzó la metralleta con gesto enérgico, apuntando hacia los pasajeros, que volvieron a enmudecer.

—¡Se les ha advertido bien claramente que permanezcan en sus asientos! —gritó—. ¡Y esto es sólo una muestra de lo que puede ocurrirles si desobedecen! ¿Está entendido? ¡Y usted también, quédese sentada ahí!

Esto último iba por Cheryl, que se había arrodillado junto a Tony... No tuvo tiempo ni de intentar reanimarlo. Muy abiertos los ojos, volvió a sentarse, y quedó inmóvil. El secuestrador dirigió una hosca mirada al inconsciente Tony Mayfair, gruñó algo en español, y regresó a su vigilancia general, con gesto hermético.

El avión, por el momento, seguía el rumbo establecido.

Los párpados del ojo derecho de Tony Mayfair se separaron apenas un milímetro, el ojo se movió en busca del secuestrador, lo divisó. Los párpados volvieron a cerrarse. Unos segundos más tarde, la operación se repitió, muy despacio. Por entre las pestañas, Tony vio al hombre, que en aquel momento le miraba. No cerró los párpados, los dejó igual. El hombre lo estuvo mirando unos segundos solamente, y de nuevo miró hacia los restantes pasajeros...

Anthony Mayfair se puso en pie de un salto tan formidable y veloz que el secuestrador, realmente, no tuvo tiempo de nada. Es decir, movió la metralleta hacia Tony, pero éste la asió por el corto cañón, la desvió hacia su izquierda y disparó el puño derecho hacia el estómago del sujeto. Fue un trallazo tremendo, que lanzó al hombre contra la puerta, donde rebotó, al mismo tiempo que Tony lo atraía tirando con la mano izquierda de la metralleta. El hombre estaba como roto, pero todavía intentó reaccionar. Otro golpe tremendo en el mismo sitio lo dejó doblado sobre el puño de Mayfair, que parecía a punto de atravesar aquel cuerpo. Un cruzado a la mandíbula terminó la breve lucha que desde el principio había tenido un solo ganador: el secuestrador quedó doblado sobre el vientre encima del brazo de los asientos del otro lado del pasillo..., y la metralleta quedó en manos de Tony Mayfair, que se volvió furiosamente hacia los excitados pasajeros, que comenzaban a moverse.

—¡Cállense! —rugió—. ¡Y no se muevan de sus asientos!

Cheryl se había puesto en pie, y contemplaba con expresión desorbitada a Tony, que la miró y sonrió secamente.

—¿A que tengo la cabeza dura? ¿Eh? ¿A que sí, cariño?

—Deben... deben haber más hombres en... en...

—Claro que hay más. Me parece recordar que vi pasar antes a tres hombres, de modo que deben haber dos en la cabina. Te diré una cosa, cariño: ¡nunca más volaré en la Starlines! Mira esto —mostró la metralleta—. ¿Cómo crees que pudieron subirla a bordo?

—No... no... yo no sé...

—Pues yo sí, boba: no la subieron, ya la tenían escondida en el avión. Y lo mismo las que deben tener los otros dos. Se las escondieron bajo la ropa, quizá en los pantalones, y ¡hale!, a llevarse su avioncito hacia Cuba..., o hacia el infierno. ¿Cuántas personas hay ahí delante?

—Bueno, está... está el comandante, el copiloto, mi compañera, y... y el aeromozo...

—De acuerdo. Bueno, serénate, ¿quieres? Y cuando lo hayas conseguido, ve allá, y dile a tu compañera que venga, que la necesitas, porque una señora se ha

desmayado, o algo así... ¿Te atreves?

—Pu-pues...

—Necesito a tu compañera, para preguntarle cómo está la situación. Yo creo que sólo hay dos hombres más, pero quizá haya tres. Y también tengo que saber qué armas tienen.

—Sí, sí, lo... comprendo, pe-pero... ¡Nos van a matar!

Tony le dirigió una hosca mirada, y luego señaló hacia el fondo del avión.

—Ve hacia allí, no te preocupes. A ver, dos o tres de ustedes, vengan aquí y aten bien a este sujeto con cinturones o corbatas.

Varios pasajeros se apresuraron a seguir las instrucciones de Tony, que se estaba convirtiendo en el héroe de la jornada. Los estuvo mirando hasta convencerse de que lo habían hecho bien, y entonces se quitó la chaqueta, para poder meter el cañón de la metralleta entre el cinturón y los pantalones, a la espalda. Se encaró con los demás pasajeros.

—¿Se ve la metralleta desde ahí?

Hubo una andanada de negativas. Tony asintió, dio la vuelta y abrió la puerta unos centímetros. Luego, pasó rápidamente al otro lado, cerrando tras él, sin volverse. Frente a él, el corto pasillo que llevaba a la cabina de mandos, cerrada en aquel momento. Se deslizó por el pasillo, y en seguida vio abierta la puerta de la sala del personal. Nada más asomar la cabeza, vio a la otra azafata y a uno de los secuestradores, que respingó y le apuntó al pecho con la metralleta.

Al otro lado estaba el aeromozo y el copiloto. Todos le miraban con expresión desorbitada.

—¡Hey, calma, calma! —Alzó las manos Tony—. Sólo vengo a decirle a la señorita que venga. Su compañera se ha desmayado, y el amigo de usted quiere que le atiendan y la traigan aquí. Tranquilo, ¿eh? Sólo soy el chico de los recados.

El secuestrador mostraba una clarísima y lógica desconfianza. Se puso en pie, abriendo la boca para decir algo..., y Tony se la cerró con un gancho que alzó al sujeto del piso y lo derribó de nuevo en el asiento, mientras la metralleta saltaba por el aire. El secuestrador no se movió más. El copiloto había recogido la metralleta y miraba como fascinado a Tony Mayfair.

—¿Qué arma tiene el que está con el comandante? —preguntó Tony.

—Una pistola...

—Vale. Vigilen a este tipo. El otro también está a buen recaudo. Tranquilos aquí, ¿de acuerdo?

—¿Qué piensa hacer usted? —exclamó el copiloto.

—Escuche, amigo, yo voy a Miami para trabajar con un amigo que me ha dicho que tiene algo bueno para mí allá, y nadie va a impedírmelo, ¿se entera? Tuve que pedir dinero prestado para el vuelo cuando el tío cojonudo de Stan Donegan me avisó, así que allá voy... No sé si me ha entendido.

—Sí, le he entendido —casi sonrió el piloto—. Bueno, iré con usted para

ayudarle a...

—Quédese vigilando a este tipejo. Yo no necesito ayuda de nadie para estas cosas.

Salió del saloncito, y caminó hacia la puerta de la cabina. Apercibió la metralleta, abrió la puerta, se asomó y apuntó rápidamente al hombre que ocupaba el asiento del copiloto, y que apuntaba al comandante con la pistola. El secuestrador volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿Qué...?

No dijo más. Quedó con la boca abierta.

—Mueva sólo una oreja, y le agujereo ese coco de mico que tiene —dijo Mayfair—. Y si quiere, se lo repito en español.

El hombre se pasó la lengua por los labios. Desvió la mirada hacia el comandante, que estaba rígido. Volvió a mirar a Tony, y sonrió fríamente.

—Estoy apuntando al comandante —recordó—. Puedo matarlo antes de que usted consiga impedirlo.

—Cierto. Pero no conseguiré matarme a mí, que soy la persona que más me interesa en este mundo. Y me dirijo a Miami, no a donde usted tenga planeado. Así que usted puede matar al comandante, yo le vuelo la cabeza a usted, y luego el copiloto conduce este trasto a Miami, donde nos estará esperando la policía, el FBI, y yo qué sé cuánta gente más. ¿Qué le parece? ¿Le vuelo el coco o entrega la pistola al comandante?

El hombre volvió a pasarse la lengua por los labios. Luego, con seco y furioso gesto, entregó el arma al piloto, que casi lanzó un grito al apoderarse de ella.

—Tranquilícese —dijo Tony—. Y usted, cara de mico, salga de ahí, ése no es su sitio. Muévase despacio, ¿sabe? Porque si se pone tonto le voy a partir la cara, como a sus amigos... ¡Querer desviarme a mí de mi ruta! ¡A mí, a Tony Mayfair...!

## CAPÍTULO II

—Señor Mayfair, no sabe cuánto le agradecemos todo lo que ha hecho. Su valor...

—¿Y usted quién es? —Gruñó Tony.

La hermosa mujer que había subido al avión con la policía y los agentes del FBI sonrió. Debía tener cerca de cuarenta años, pero su belleza todavía resultaba deslumbrante: cabellos rojos, ojos verdes, cuerpo espléndido, boca roja y jugosa... Y vestía con una elegancia y buen gusto que sus encantos resaltaban adecuadamente.

—Soy Leticia Cosgrove, señor Mayfair, directora de la Starlines en las oficinas de Miami.

—¡Ah...! Bueno, entonces comprendo que me esté agradecida. Así que puede demostrarlo como mejor le parezca.

Leticia Cosgrove alzó las cejas, como sorprendida. Pero comprendió en seguida. O creyó comprender.

—Bueno, realmente, no tengo aquí mi talonario, señor Mayfair, pero si se pasa en cualquier momento por...

—¿Dinero? —masculló Mayfair—. Oiga, ¿quién le ha pedido dinero?

—Bueno, me pareció que...

—¡Pues le pareció mal, señora directora! Mi amigo Stan Donegan me está esperando para enchufarme en un buen trabajo, así que no necesito dinero de nadie por una cosa como ésta. No ha sido nada. Pero si quiere agradecerme...

—¿No ha sido nada? —exclamó Cheryl Larson—. ¡Usted sólo ha dominado a tres hombres, señor Mayfair!

—Bueno, he hecho cosas más difíciles en Vietnam, cariño.

Pero eso ya pasó, claro. A lo que vamos: si usted quiere agradecerme mi heroico comportamiento —guiñó Tony un ojo a Leticia Cosgrove—, puede regalarme una de sus azafatas. Esta misma ya me va bien.

La directora en Miami de la Starlines rió nerviosamente.

—Señor Mayfair, yo no puedo hacer eso, tiene que ser cosa de la propia Cheryl. Pero —lo besó suavemente en ambas mejillas— sea como sea, quiero que sepa usted que mi agradecimiento es sincero...

—Señor Mayfair —se acercó uno de los agentes del FBI que había subido a bordo apenas el avión aterrizó en el Miami International Airport—, comprendemos que todo esto va a causarle molestias, pero sin duda se hará cargo: le necesitaremos de nuevo para...

—Pero oiga, ¿qué más quieren? —Gruñó Tony—. ¡Si llego a saber todo esto, me dejo llevar a Cuba, o adónde demonios quisieran ir esos tipos!

El hombre del FBI sonrió lo más amablemente que pudo.

—Estoy seguro de que se hace usted cargo, señor Mayfair. Tenemos que saber dónde encontrarle.

—Bueno, pues estaré en el gimnasio de mi amigo Stanley Donegan. ¿Puedo

marcharme ya?

El agente del FBI miró por una de las ventanillas hacia el exterior. Todo estaba lleno de periodistas y curiosos en general. Naturalmente, desde el avión habían avisado a Miami de lo ocurrido, y la noticia, dotada de mayor interés por la intervención de un solo hombre que había dominado a tres secuestradores, había circulado rápidamente por los medios periodísticos. Salir del avión en aquel momento era someterse a la presión de cientos de personas.

—Puede marcharse cuando guste —asintió el *G-man*—, pero si yo fuese usted, aceptaría la oferta del FBI.

—¿Qué otra oferta?

—Me permito aconsejarle que no se deje fotografiar, y que no ande por ahí diciendo dónde va a estar. Es más que posible que estos tres hombres tengan amigos que tarde o temprano podrían aparecer por Miami buscándole a usted. Me comprende, ¿verdad?

—Claro. Represalias.

—Y muchas molestias. Nosotros podemos proporcionarle un coche que despistará a cualquiera que pretenda seguirlo. Y para salir del avión sería mejor que ocultara su rostro con la chaqueta, o como pueda.

—No me hace nada de gracia, francamente.

—Es un buen consejo, señor Mayfair.

—Sí —tuvo que admitir Tony, aunque refunfuñando—, sé que es un buen consejo. Y me parece que lo voy a aceptar.

—Es usted muy sensato. Me ocuparé de eso ahora mismo... Vaya —movió la cabeza—, realmente, es usted de cuidado, señor Mayfair. ¿Sabía que uno de esos hombres tiene rota la mandíbula?

—Él se lo buscó, ¿no?

El agente del FBI movió la cabeza, con el gesto de quien todavía no comprende bien algo, y se alejó por el pasillo del avión, hacia el fondo. Tony miró a Cheryl y sonrió.

—¿Te he dicho ya que me vuelven loco las azafatas?

—Sí, —rió la muchacha, excitada—. ¡Ya me lo dijo! Y también me dijo que nos llama «angelitos del cielo».

—Exacto. Oiga, señora —miró a Leticia—: ¿No será usted también azafata...?

—Lo fui —sonrió la bella pelirroja.

—¡Ya decía yo...! Bueno, ¿qué? ¿Puedo quedarme con este angelito? —Tomó de un brazo a Cheryl.

—Como le decía, eso no es cosa mía —sonrió una vez más Leticia Cosgrove—. Pero conozco a Cheryl, y sé que es una chica muy... normal. Lo que quiero decir es que me parece que esta noche no sería una compañía... muy divertida. ¿O me equivoco, Cheryl?

—No, señorita Cosgrove. La verdad es que... creo que ahora estoy más asustada

que antes. Hasta me parece que no me encuentro demasiado bien.

—Eso es lo natural, querida. Haremos una cosa: si el señor Mayfair no tiene inconveniente, esta noche te llevaré a mi casa como invitada. No me parece prudente que te quedes sola. Y mañana... mañana será otro día. ¿Qué le parece, señor Mayfair?

—Me parece muy bien —asintió Tony, ahora serio—. No se lo digan a nadie, pero ahora, cuando ya todo ha pasado, siento algo así como temblores en las piernas. ¿De verdad he hecho yo todo eso?

—Así parece —rió de nuevo Leticia Cosgrove—. Espero que nos volveremos a ver. Es usted un hombre agradable, señor Mayfair.

\* \* \*

—De acuerdo —dijo una de las mujeres reunidas en el lujoso salón—, es un hombre agradable, pero ¿quién es?

Eran casi las once de la noche. En el salón de la quinta de Leticia Cosgrove, sito en el 1612 de Ocean Drive, frente a Lummus Park, en Miami Beach, había en total seis mujeres: la propia Leticia Cosgrove, Cheryl Larson y cuatro mujeres más, todas ellas de una edad aproximada a la de Leticia, es decir, entre quince y veinte años mayores que la linda azafata Cheryl. Estaban tomando *whisky* con soda, fumando, cambiando impresiones. Cualquiera que las hubiera visto se habría dado cuenta en seguida de que tan elegantes y bellas damas estaban muy preocupadas.

—¿Cómo que quién es? —se sorprendió Cheryl—. Ya saben todas ustedes que se llama Tony Mayfair, y que...

—No se trata de eso —cortó otra de las hermosas damas—, sino de que todas estamos muy sorprendidas por la eficacia del señor Mayfair.

—Al parecer, es de los que estuvo combatiendo en Vietnam hasta el último momento —dijo Leticia—. Naturalmente, un hombre así no es fácil de intimidar. Veamos, Mary: ¿qué es lo que te preocupa realmente?

—No sé. Todo esto... ¡Nunca había ocurrido una cosa así en la Starlines!

—Cierto. Pero no tiene nada de extraordinario. Han sido muchas las líneas aéreas que han pasado por este trance. Ya sé que esto nos va a proporcionar una notoriedad que no deseábamos, pero tampoco es para alarmarse. Además, en ese vuelo no estaba ocurriendo nada, ni iba a ocurrir nada de nada.

—Pues hemos estado de suerte —dijo otra—, porque si eso llega a ocurrir en uno de los vuelos en que hacemos algún «negocio», a estas horas nada menos que el FBI estaría metiendo las narices. ¡Y entonces sí que las cosas se habrían puesto mal, Leticia!

—Es verdad —murmuró ésta—. Pero puesto que hemos tenido la suerte de que esta vez no habíamos preparado nada en ese vuelo, lo mejor es que nos seremos y aceptemos los hechos como lo que realmente son: un intento de secuestro de un avión, eso es todo. Es incluso vulgar. De modo que vamos a tranquilizarnos. Como siempre, como directora de Starlines, yo daré la cara en los asuntos oficiales, y estad

seguras de que todo irá bien.

—¿Y si todo esto hubiese sido una trampa del FBI para poder tener en su poder uno de nuestros aviones?

—Vamos, Deborah, no seas tonta —comenzó a impacientarse Leticia—: si el FBI estuviese sospechando algo de la Starlines, habría actuado de otra manera, sin complicar tanto las cosas. ¿Desde cuándo tienen que complicarse la vida para registrar un avión, si les parece oportuno? Además, estarían vigilando a nuestro personal... No, no, no. Todo está bien. Ha sido un incidente casual, y así debemos tomarlo. A fin de la cuestión.

—¿Y si ese Mayfair fuese un agente del FBI?

Cheryl Larson no pudo contener la carcajada. Luego, se sofocó, cuando las cinco elegantes y bellas damas la miraron, algunas con el ceño fruncido.

—Lo... lo siento —casi tartamudeó Cheryl—. Es que me ha hecho gracia.

—La tiene —aceptó sonriente Leticia—. Pero no demasiada.

—A fin de cuentas —intervino otra de las damas—, vosotras mismas habéis dicho que ese Mayfair tenía gran interés en llevarse con él a Cheryl. ¿O no lo habéis dicho?

—Lo hemos dicho —asintió Leticia—. Pero ¿qué os sorprende de eso? ¿Acaso tenemos en la Starlines alguna chica con la que cualquier hombre no sentiría deseos de acostarse? En cuanto a Cheryl, es una de nuestras mejores especialistas, y sabría muy bien en todo momento cómo tratar a Mayfair o a cualquier otro hombre. Hace tiempo que lo está haciendo, y siempre ha tenido buenos éxitos. Así que, queridas mías, vamos a tomar la última copa tranquilamente, tomemos las cosas como simplemente han sido, y despedámonos. Es muy tarde. Y en cuanto al señor Mayfair, pues... simplemente, olvidémoslo.

—Lástima —dijo Cheryl Larson, entornando nostálgicamente sus bonitos ojos—: la verdad es que me habría gustado «trabajar» con el señor Mayfair. ¡Y gratis!

\* \* \*

—¿Cobran algo, por el café? —preguntó Tony Mayfair.

El empleado de las oficinas de la Starlines en Biscayne Boulevard, Miami, lo miró con cierta circunspección. Veía ante él a un sujeto alto, vestido deportivamente, no desagradable, pero con aspecto entre cansado e irritado, sin afeitarse, mal peinado...

—No, señor, es gratis.

—Estupendo. ¿Tienen alguna máquina de perritos calientes?

—No, señor.

—Lástima. Bueno, tomaré café. Algo es algo.

El empleado asintió. Tony cruzó la sala, se colocó ante la máquina y se procuró un café.

Estaba a la mitad cuando volvió a colocarse ante el empleado.

—¿Y cigarrillos? —preguntó—. ¿No tienen cigarrillos?

—No, señor. Pero afuera, en la calle, hay una máq...

—No, hombre, si digo usted: ¿tiene un cigarrillo para invitarme?

—Sí, cómo no —se mosqueó un poco el empleado.

Tony consiguió su cigarrillo, lo encendió, agradeció con un gesto la generosidad del empleado y se puso a deambular por la sala, mirando los carteles de publicidad de los vuelos de la compañía. Vuele a Tahití. Vuele a Río de Janeiro. Visite México. Disfrute de las delicias del Caribe... Había un gran panel con los horarios de los vuelos nacionales, que eran los que más abundaban. En realidad, los vuelos al extranjero eran pocos, aunque bien seleccionados. Sólo salía uno cada semana a cada sitio anunciado. Bueno, la Starlines no era precisamente la Pan American, desde luego.

Entraba y salía gente, algunos tras adquirir su pasaje para determinado vuelo. La mayoría iba a consultar los horarios o a hacer preguntas. Algunas personas se llevaban montones de folletos turísticos. Admirables y sencillos seres que se pondrían a soñar con un viaje a Tahití, a Honolulu, a Río, a Acapulco... Tony tomó uno de los folletos de las Hawái. Claro, había una hawaiana tremenda, sonriendo, ofreciendo el collar de flores de hibisco. Ella llevaba uno al cuello, ocultando y no ocultando sus preciosos pechitos morenos... Era encantadora.

Mayfair oyó un taconeo que le pareció especial, y dejó de contemplar a la muchacha hawaiana para mirar a la persona de carne y hueso que cruzaba la sala.

Así fue como conoció a la rubia.

Se quedó boquiabierto, estupefacto; el cigarrillo quedó colgando de su labio inferior, y casi se le cayó la taza de café. Era la rubia más rubia que había conocido en su vida, pero no tenía los ojos azules, sino de un color violáceo sorprendente. Llevaba una bonita blusa azul pálido, en la que destacaban muy sugestivamente las formas de sus pechos, altos, más bien grandes, plenos, perfectos, terriblemente hermosos. Fina cintura. Fantásticas caderas. Piernas soberbias. Tenía la boquita como redondeada, como si siempre estuviera a punto de dar un beso. ¡Era preciosa!

Pasó cerca de Mayfair, pero sin reparar en su presencia. Alzó una sección del mostrador, pasó al otro lado, y fue directa a la puerta de cristal en la que se leía:

«Dirección». Desapareció tras aquella puerta.

Anthony Mayfair reaccionó. Metió el cigarrillo en la taza de café, dejó ésta sobre el mostrador, y se fue en pos de la muchacha. El empleado lo miró cuando Tony alzó la sección del mostrador y pasó al otro lado.

—¡Oiga! ¿Adónde va?

—A charlar con mi novia. ¿Está prohibido?

Sin más, abrió la puerta de cristal, y entró. Había un despacho con tres mesas, máquinas de escribir, ficheros, un depósito de agua, sillas... Dos puertas. Una de madera, la otra de cristal. En la de cristal, Tony distinguió inmediatamente el nombre pintado en grandes letras negras: «Miss Cosgrove».

Pero en realidad, sólo estaba mirando a la rubia, que se había sentado tras una de las mesas y estaba colocando una flor en un delicado y esbelto búcaro de porcelana japonesa o algo así. La muchacha lo miró y mostró una sonrisa cortés.

—¿Busca usted a alguien, señor? —preguntó.

Anthony Mayfair se acercó a la mesa y apoyó en ella sus fuertes puños, inclinándose hacia la muchacha.

—Mi-mire, yo... yo no soy tarta...

—¿No es usted una tarta? —se sorprendió ella.

—No, no... Di-digo que yo no soy tarta... tartamudo habitualmente, pe-pero... ¡Oiga, usted es gu-gu...!

—¿Gu-Gu? Se confunde usted.

—¡Digo que... que es gu-guapísima! La muchacha sonrió amablemente.

—Es usted muy amable, señor. Me gusta empezar bien el día, de modo que le agradezco el cumplido. Pero me parece que se ha equivocado de puerta. Los clientes no tienen por qué entrar aquí.

—Yo no soy un... un cli-cli...

—Entiendo —la muchacha rió, un poco sofocada; deliciosamente sofocada; lo estaba pasando divinamente—: no es usted un cliente, ¿verdad?

—¡Además de guapísima es usted listísima!

—Ya ha dejado de tartamudear —dijo ella—. Lo celebro...

La puerta del antedespacho se abrió bruscamente, y apareció el empleado de la sala que había invitado a fumar a Tony.

—¡Oiga! —incredó—. ¡Usted no puede...!

—Déjalo, Andy —pidió la rubia—. Es demasiado temprano para que se trate de un atracador, habría esperado a que hubiese mucho dinero en la caja. ¿Verdad, señor?

—¡Verdad salomónica! —exclamó Tony, volviéndose hacia el otro empleado—. Adiós, Andy. Gracias por el cigarrillo.

Andy vaciló, pero la rubia insistió con un gesto, y acabó por regresar a su trabajo. Tony volvió a mirar a la muchacha.

—Gracias, preciosidad.

—De nada. Conozco a los hombres como usted; son inofensivos si se les sigue la broma. Aunque no siempre hacen gracia con sus bromas. En ocasiones se ponen muy pesados y entonces, en lugar de resultar graciosos, resultan unos pelmas.

—Indirecta capturada. *Stop*. Pelma se retira. *Stop*. Cambio y fuera. La muchacha rió.

—No se lo tome a mal.

—Al contrario, es de agradecer que a uno le avisen cuando en lugar de ser simpático está siendo tonto.

—Caramba, tampoco he dicho eso.

—Bueno, pero pelma y tonto es más o menos lo mismo, ¿no?

—No, no. Mire, un pelma es... ¡Me está dando conversación!

—Y usted la sigue —sonrió Tony—. Chóquela, Tony Mayfair.

La muchacha miró la manzana que se le tendía por encima de la mesa. Luego, los ojos de Tony Mayfair. De nuevo la mano... Tendió la suya, sonriendo.

—Emily Persing —murmuró.

—¿Número de teléfono?

—El...

Emily Persing se echó a reír y movió negativamente la cabeza. Tony Mayfair sonrió.

—Vaya, me ha fallado el truco del interrogatorio súbito. Pero me gustaría saber cuál es su número de teléfono.

—¿Por qué?

—Señorita Persing, ésa es una pregunta tonta. Con perdón.

—Es verdad, ha sido una pregunta tonta. Pero usted no es tonto, señor Mayfair. Está aquí por algo, así que... ¡Oh, Dios mío! ¿Mayfair? ¿Anthony Mayfair?

Tony pareció quedar estupefacto.

—¿Soy famoso? —exclamó.

—Usted... usted es el que ayer... evitó que uno de nuestros aviones...

—Ah, es por eso. Sí., soy yo. ¿Y sabe una cosa? Me habría gustado que fuese usted de azafata en ese vuelo, para poder salvarla heroicamente.

—No es fácil que me encuentre a mí en un avión, señor Mayfair, no soy azafata.

—¿Cómo que no? ¿Qué es, entonces?

—Ya ve —señaló Emily la mesa—: mecanógrafa.

—¡Mecanógrafa! ¡A mí me vuelven loco las mecanógrafas! Pero me gustaría saber por qué una preciosidad como usted no es azafata.

—Es muy sencillo, me da miedo volar.

—¡No me diga eso!

—Lo siento, pero es la verdad. Y no crea que no me gustaría ser azafata, pero... cada cual tiene que aceptar sus propias limitaciones, ¿no le parece?

—Sin la menor duda —murmuró Tony, echando un rápido vistazo alrededor—. ¿De modo que usted trabaja aquí, en este despacho, como mecanógrafa?

—Bueno, en realidad soy algo así como la primera secretaria de la señorita Cosgrove...

¡Ahora comprendo! Usted no es ni un tonto ni un pelma, si ha entrado aquí ha sido porque ha venido a ver a la señorita Cosgrove, ¿no es así? Y de paso, le ha parecido simpático alegrarle el principio del día a una mecanógrafa. Eso es muy considerado por su parte, señor Mayfair.

Anthony Mayfair era quien, ahora, parecía querer llegar al fondo de los hermosos ojos de Emily Persing. ¿Qué buscaba en ese fondo? Posiblemente, algo parecido a lo que había visto en los ojos de la azafata Cheryl Larson, por ejemplo... Pero no lo encontró.

—¿Por qué me mira así? —murmuró Emily.

—Sólo disfruto de la belleza de sus ojos —sonrió Tony—. ¿Aceptaría almorzar conmigo?

—Hace poco que he desayunado.

—Hay personas que tienen suerte. La muchacha parpadeó.

—¿No ha desayunado usted?

—Oh, sí... El café gratis de la Starlines. Y un cigarrillo. A propósito de cigarrillos: ¿usted fuma?

Emily volvió a parpadear. Tomó su bolso, lo abrió y sacó un paquete de cigarrillos, que tendió a Mayfair. Cuando guardó el paquete, sacó un par de billetes de diez dólares, miró a Mayfair, captó la sonrisita de éste, y se sofocó. Guardó de nuevo los billetes y sacó el encendedor.

—Gracias —murmuró Tony, tras encender el cigarrillo—. Es algo que no olvidaré, señorita Persing.

—Bueno, es... es sólo un cigarrillo...

—No me refiero al cigarrillo. ¿A qué hora suele venir la señorita Cosgrove?

—Me sorprende que no esté ya aquí, pues casi siempre es la primera. Pero a veces, si se acuesta un poco tarde...

—Entiendo. ¿Le molesta a usted que espere aquí mismo?

—Claro que no.

—Muy amable. Prometo no mirarle las piernas.

Emily sonrió, indecisa. Mayfair fue a sentarse en una de las sillas colocadas ante una mesita auxiliar con máquina de escribir, y se dedicó a fumar, en silencio. Y a pensar. ¿Era Emily Persing una chica listísima..., o sólo una mecanógrafa con atribuciones de primera secretaria de Leticia Cosgrove? Por qué si era esto último realmente, las cosas empezaban a no estar tan claras...

Llegó otra mecanógrafa, casi tan guapa como Emily Persing, y tras mirar interrogante a Emily haciendo un gesto hacia Tony, se sentó tras una de las mesas libres. Tony la miró, le sonrió, le guiñó un ojo. La recién llegada sonrió.

Todas eran muy simpáticas. La Starlines era un auténtico vivero de chicas preciosas y simpáticas.

La siguiente en llegar fue Leticia Cosgrove, elegantísima. Entró mirando con circunspección a todos lados, y Tony comprendió que el empleado de la sala la había advertido de la presencia de un sujeto allá dentro. Se puso en pie, alzando una manaza.

—Soy yo, señorita Cosgrove. Buenos días.

—Señor Mayfair... ¡Qué sorpresa!

—Son cosas de la vida, señorita Cosgrove; ya no puede uno fiarse ni de los amigos. Leticia Cosgrove asintió y se dirigió hacia la puerta de cristal que ostentaba su nombre.

—Venga, señor Mayfair: Hablaremos en mi despacho.

Cerró la puerta cuando Tony hubo entrado. Éste la miró con cierta indecisión.

—Bueno, no es que quiera parecerle un aprovechado, señorita Cosgrove, pero...

—¿Le ha fallado algo?

—Digamos que a veces los amigos se complican la vida, y se la complican a uno.

—De acuerdo. Me encanta la discreción —Leticia fue a sentarse tras la regia mesa de su confortable despacho, y tras utilizar una llavecita abrió un cajón, del que sacó un talonario de cheques—. Anoche le ofrecí...

—Bueno...

—¿No necesita algo de dinero?

—Vaya si necesito dinero —masculló Tony—. Llegué a Miami con el último centavo de lo que me prestaron, así que estoy sin blanca. Pero no quisiera aprovecharme de su amabilidad, señorita Cosgrove. En realidad, lo que ando buscando es un empleo, y pensé que quizá usted conozca a alguien que pueda ayudarme.

—Seguramente. ¿Qué sabe usted hacer?

—¿Yo? —Tony sonrió—. Pues, desde evitar que un avión sea secuestrado, hasta preparar un pavo al horno, creo que puedo hacer muchas cosas.

—Entiendo —sonrió Leticia— digamos que no es usted persona que se acomode a un empleo... vulgar. ¿No es así?

—Más o menos —asintió Tony—. La verdad es que después de unos cuantos años pegando tiros todavía se me está haciendo muy difícil adaptarme a la vida tranquila y con sueldo fijo. Pero supongo que tendré que mentalizarme en ese sentido, tarde o temprano.

—Parece que no le va a quedar más remedio —casi rió la bella Leticia—. Mientras tanto, señor Mayfair, me considero obligada a ayudarle un poco. ¿Se las arreglaría de momento con dos mil dólares?

—Eso es una fortuna para mí. Pero no me será fácil devolvérselos, señorita Cosgrove.

—No se preocupe demasiado. En realidad, estoy pensando en ponerlos en la cuenta de gastos generales de la Starlines, lo que simplificará mucho las cosas... a los dos.

—¿Quiere decir que de otro modo tendría que dar explicaciones de ese dinero a alguien?

—Naturalmente, señor Mayfair. No soy la propietaria única de la compañía; sólo una de las accionistas.

—¿Una de las accionistas? ¿Quiere decir que la compañía es propiedad de mujeres exclusivamente?

—Espero que eso no hiera su orgullo de hombre —rió abiertamente ahora Leticia Cosgrove.

—Pues, no... No. A mí me encantan las mujeres que tienen dinero. Y precisamente se me está ocurriendo... Bueno, me pregunto si usted, o alguna de las accionistas de Starlines, no necesitarían un chófer, o algo así.

—Me interesaré por ello —Leticia comenzó a extender el cheque, mientras preguntaba—: ¿Ha ido ya a ver a los del FBI?

—No. Prefiero relacionarme con otra clase de personas..., aunque me pondré a su

disposición en cuanto encuentre alojamiento, naturalmente.

Leticia terminó de extender el cheque, y lo tendió a Tony, preguntando:

—¿No le gusta el FBI?

—No demasiado. Y me parece que si ellos, como es su costumbre, se han interesado por mí, tampoco deben sentir mucha simpatía hacia mi persona en estos momentos. Bueno, cosas de la vida. Gracias por esto —agitó el cheque—. Quizá le he parecido bastante caradura, pero la verdad es que no sabía qué hacer.

—Ojalá se vaya arreglando con tan poco —murmuró Leticia—. Hágame saber dónde para, señor Mayfair, y le avisaría si encontrase algo para usted.

—¡Estupendo! La avisaré en cuanto encuentre mi gruta cavernícola en Miami, y... Bueno, supongo que tiene usted mucho trabajo, así que no la molesto más. Es decir, sólo una pregunta: ¿trabaja hoy Cheryl o tiene el día libre?

—Tiene el día libre —volvió a reír Leticia—. Emily, mi secretaria, puede darle su número de teléfono.

—Me encanta charlar con Emily —Tony se puso en pie, y se tocó la frente con un dedo—. Si necesita usted alguna vez algo de mí, estoy a sus órdenes. Así que... hasta la vista, espero.

—Hasta la vista, señor Mayfair.

Anthony Mayfair salió del despacho de Leticia Cosgrove guardando cuidadosamente el cheque por dos mil dólares.

## CAPÍTULO III

Casi diez minutos más tarde, Leticia Cosgrove bajó la palanquita del intercomunicador.

—¿Sí, señorita Cosgrove?

—Emily, ¿puedes venir un momento, por favor?

—En seguida.

La joven, rubia, preciosa Emily Persing entró en el despacho de la directora de Starlines, y fue a sentarse en una de las butacas frente a la mesa, block y bolígrafo en ristre. Leticia movió la cabeza negativamente.

—Sólo quería saber si el señor Mayfair se ha marchado ya.

—Oh, sí, hace unos minutos.

—Es un hombre simpático, ¿verdad? Y parece que siempre tiene tema de conversación.

—Sí, es bastante charlatán; pero como todos los que hablan mucho, deja escapar bastantes tonterías.

—¿Qué clase de tonterías, por ejemplo?

—Bueno, va de un tema a otro con una rapidez desconcertante, pero nunca es nada serio. Lo mismo me pregunta de qué color le gustaría que se comprase una corbata, como me pregunta si... Por cierto, me ha asegurado que usted me autorizaba a darle el teléfono de Cheryl Larson. Espero que sea cierto.

—Sí, sí. ¿Qué más preguntas te ha hecho el señor Mayfair?

—Pues me ha preguntado si me gusta esquiar, ya que no volar, y si me gusta la ropa interior de color azul, y si...

—¿El señor Mayfair sabe que no te gusta volar?

—Bueno, yo se lo dije. Él pareció sorprenderse de que yo no fuese azafata de la compañía, y le dije que me daba miedo volar.

—Ah. Según parece, el señor Mayfair es un hombre aficionado a hacer muchas preguntas. ¿Qué ha querido saber de la Starlines, o de alguien de la compañía?

—Nada. No ha preguntado nada en ese sentido. Sólo cosas tontas personales: un conquistador de pacotilla.

—Peor para él. Dentro de un rato vendrán unos periodistas, Emily, para hacerme más preguntas sobre lo de ayer. Salvo que tenga alguna visita, los haces pasar inmediatamente.

—Muy bien. ¿Algo más, señorita Cosgrove?

Leticia movió negativamente la cabeza. Esperó a que su secretaria abandonase el despacho, y recurrió entonces al teléfono de línea directa. Marcó un número. Al otro lado de la línea la respuesta se demoró casi un minuto.

—...

—Soy yo, Cheryl. ¿Ocurre algo?

—...

—Pues termina de despertar en seguida, y procura estar muy despejada: seguramente, Mayfair te llamará dentro de poco. Ha pedido tu número de teléfono.

—¿...?

—Simplemente, síguele la corriente. Cheryl: *ten cuidado*.

—¿...?

—Ya sé lo que decidimos anoche sobre el señor Mayfair, pero si él se acerca a nosotros no podemos olvidarlo. Recuerda: síguele la corriente, pero con cuidado. Adiós, Cheryl.

Sin colgar el auricular, Leticia Cosgrove hizo otra llamada, tras pulsar la horquilla. Esta vez, la respuesta fue inmediata.

—¿...?

—Decker, soy yo. ¿Está Travers contigo?

—...

—Bien. Quiero que os intereséis por un hombre llamado Stanley Donegan, que al parecer tiene un gimnasio o algo así en Miami. Entiendo que está en la guía. Buscadlo y ver qué podéis averiguar de él..., y de un sujeto llamado Anthony Mayfair, amigo suyo.

—¿...?

—Si, es el «héroe» de ayer. No perdáis tiempo.

—...

—Adiós.

\* \* \*

—¡Hola! —saludó alegremente Tony Mayfair, alzando los brazos—. ¿Qué tal estoy?

En la puerta de su apartamento, Cheryl Larson sonrió, casi rió, relucientes sus bonitos ojos.

—Está usted muy elegante, señor Mayfair. ¡Muy elegante!

—Corbata de cincuenta dólares —dijo Tony, entrando, impecable con su traje nuevo: bajó los brazos, y tendió a la muchacha el ramo de flores que sostenía en la mano derecha—. Las flores me han costado bastante menos, pero te convido a almorzar.

Cheryl tomó el ramo de flores tras cerrar la puerta, y señaló hacia el interior del apartamento.

—Pase, señor Mayfair. Terminaré de vestirme en un minuto. Y gracias por las flores.

—Como diría un poeta cursi, más flor eres tú. Y otra cosa: eso de «señor» Mayfair ya me está fastidiando, de veras. Ahora bien, si lo que pasa es que no te resulto simpático, y prefieres que deje de interesarme por ti...

—Claro que no —protestó Cheryl.

—Entonces, soy Tony, a secas.

—Encantada, Tony. Bueno, pasa... Considérate en tu casa mientras me visto...

—Si ésta fuera mi casa, no te vestirías, sino que terminarías de desnudarte. ¡Estás preciosa así! ¿De París?

La pregunta la hizo pellizcando con dos dedos el salto de cama de Cheryl, que dejaba entrever discretamente sus formas.

—Sólo de Nueva York —rió ella—. Pero me pregunto por qué supones que las cosas bonitas han de ser de París.

—Tienes razón —frunció el ceño Tony—. Por ejemplo, aquí estás tú, que no eres de París, y eres encantadora.

Diciendo esto, Mayfair atrajo a Cheryl abrazándola por la cintura, y la besó en los labios.

Ella no hizo nada. Sólo dejó que él la besara.

Luego, murmuró:

—Supongo que ya has desayunado.

—Sí, ahora sí. He desayunado, me he comprado ropa, me he afeitado, cortado el pelo, perfumado..., y todavía tengo dinero para sentirme rico. Espero que no tengas nada contra los hombres ricos.

Cheryl rió, y se dirigió hacia el interior del apartamento, tirando de una mano de Tony.

En el saloncito, ella puso el ramo de flores en las manos de él.

—Ayúdame, ¿quieres?: busca un jarrón, o lo que sea, y pon las flores en agua. ¿Te molesta?

—Claro que no. Oye, vives bien... Tu apartamento es encantador, elegante... ¡Toda una bombonera!

Mayfair notó el gesto sobresaltado de Cheryl, y la miró. La muchacha había palidecido ligeramente, y le pareció que sus pupilas se habían dilatado; había en su precioso rostro como un levísimo gesto crispado.

—¿Qué pasa? —se desconcertó Tony—. ¿He dicho algo malo?

—No... No, no.

—Ah. Vaya, espero que no sea que te lleguen ahora los ascos por mi beso. ¿Tanto te ha desagradado?

—No seas tonto —consiguió sonreír Cheryl; se alzó sobre las puntas de los pies, y lo besó en los labios—. Ya ves que no me molesta en absoluto. Estaré lista en seguida.

—De acuerdo. Pondré las flores en agua, y... Oye, ¿te molestaría que llamase desde aquí al FBI, por si me necesitan para algo?

—Ya te he dicho que te consideres en tu casa.

—Gracias, angelito del cielo.

Cheryl Larson salió del saloncito, y segundos después entraba en su dormitorio. Se sentó frente al tocador, y se miró al espejo. Todavía estaba un poco pálida. Desde luego, había sido una estupidez aquella reacción, ¡pero no había podido evitarlo...! ¡La bombonera! ¿Era posible que Tony Mayfair supiese algo de la bombonera?

Por medio del espejo, miró el teléfono supletorio, sobre la mesita de noche. Estaba oyendo girar el disco a medida que Mayfair marcaba el número del FBI. De pronto, Cheryl se sintió muy asustada. ¿Podía ser todo casualidad? El intento de secuestro del avión, el valor del simpático Tony Mayfair, la atención que éste había hecho de la bombonera...

¿Podía ser casualidad?

Se quedó con la mente en blanco hasta que oyó el «clic» que indicaba que, en el saloncito, Mayfair había colgado el auricular. Entonces, Cheryl se volvió hacia el teléfono de la mesita de noche. ¿Llamaba a Leticia y se lo decía? Estuvo titubeando unos segundos, y optó finalmente por vestirse...

Cuando reapareció en el saloncito, Tony estaba colocando las flores en un jarrón. Se volvió a mirarla con gesto divertido.

—Ya sé que todo es cuestión de costumbre, y hasta de puntos de vista —dijo alegremente—. Ahí tienes a los japoneses, que han convertido los arreglos florales en todo un arte y una sabiduría. Ya sabes, lo que ellos llaman ikebana, esas disposiciones de las flores que pueden tener varios significados, la mayoría poéticos... No tengo nada contra las flores ni contra los japoneses, ni contra la poesía..., pero esto de poner flores en un jarrón siempre me ha parecido cosa de mujeres.

—O sea —sonrió Cheryl—, que eres machista.

Mayfair frunció el ceño, y estuvo pensativo unos segundos antes de farfullar:

—Más bien soy tontista, o sea, integrante del gran grupo de los tontos. Digamos lo que digamos, las flores son hermosas. Y como dice siempre un amigo mío: ¿Qué tiene que ver los... ovarios para comer trigo?

—No tengo ni idea —rió Cheryl—. ¿Has llamado?

—Sí, claro. De momento, no me necesitan para nada..., pero insisten en temerme localizado, así que tendré que volver a llamar en cuanto me instale. Bien, ¿podemos marcharnos ya? Y no es que tenga prisa en abandonar esta bombonera, te lo aseguro.

Esta vez, Cheryl ni siquiera parpadeó al oír la palabra «bombonera», por lo que Tony Mayfair se llevó un fiasco, que naturalmente, ocultó. Además, no se sentía demasiado decepcionado: ¿Qué podía tener de importante la palabra «bombonera»?

—Podemos irnos en seguida —dijo Cheryl—. ¿Conoces Miami...? ¡Oh, he olvidado una Cosa en el dormitorio!

Salió a toda prisa. En el dormitorio, fue directa al armario, lo abrió, y del fondo de un cajón donde había ropa interior, sacó una pistolita de cachas de nácar. La metió en uno de los bolsitos que tenía ante ella, titubeó.

Apretó los labios, con un gesto duro, resuelto. Cerró el bolsito, ajustó las puertas del armario, y se reunió de nuevo con Mayfair en el saloncito.

—Pues, no —dijo Tony, como si la conversación no se hubiera interrumpido—, conozco Miami casi nada. Bueno, lo más importante, claro... ¿Por qué lo preguntas?

—Pensé que habías elegido ya algún sitio para ir a almorzar. Si no es así, puedo proponerte un lugar muy agradable.

—Aceptado, sea cual sea. ¿Se va a pie, en coche, en avión, volando con alas propias...?

—¡No soy un angelito completo! —rió Cheryl—. De modo que tendremos que conformarnos con mi coche...

\* \* \*

Leticia Cosgrove detuvo el coche ante un semáforo en rojo. Inmediatamente, otro coche se detuvo junto al de ella. En este coche iban dos individuos, y el que viajaba junto al conductor se asomó por la ventanilla. Leticia, simplemente, lo miró, expectante.

—El tal Stanley Donegan —dijo el sujeto— ha resultado un pájaro de cuenta. Precisamente, anteanoche fue detenido por la policía. Según parece, utilizaba el gimnasio para algo más que para convertir en montones de músculos a sus muchachos.

—¿Qué hacía? —murmuró Leticia.

—Están investigando una denuncia contra él en el sentido de que utilizaba a alguno de sus pupilos para repartir drogas entre la juventud. De momento, está detenido, y no parece que haya nadie interesado en sacarlo de entre rejas. Lo han dejado solo.

—¿Qué hay sobre Tony Mayfair?

—Sobre él no hemos conseguido saber nada. Nadie lo conoce. Pero si es amigo de Donegan, debe ser un tipo parecido, ¿no?

—No es ésa la impresión que me ha producido Mayfair.

—Pues no sé... ¿Quiere que nos ocupemos de él... de algún modo?

Leticia miró hacia el semáforo. Iba a ponerse verde, ya estaba cambiando la señal de paso para los peatones...

—No, de momento, no. Pero estad esperando mi posible llamada: Cheryl está con Mayfair, y si hay que hacer algo, ella nos lo dirá, sabrá cómo arreglárselas para ponerse en contacto conmigo...

\* \* \*

Cheryl salió de la cabina telefónica ubicada en Central Avenue, Golden Beach, al norte de Miami, y regresó, sonriente, al coche, al volante del cual esperaba Tony Mayfair, fumando un cigarrillo. A la izquierda de la avenida se veía el mar, ahora negro, pero con un trazo quebradizo de luz que parecía convertirse en plata fundida sobre las espumosas olas. Era un espectáculo fascinante.

—¡Bueno! —exclamó Cheryl, sentándose junto a Tony—. ¡Todo arreglado!

—¿Has conseguido que tu compañera te haga el servicio de mañana en ese vuelo?

—¡Naturalmente! ¡Habría estado bueno que se hubiera negado, después de las veces que yo lo he hecho por ella!

—Claro. Para eso están los amigos: para ayudarse unos a otros. Bien, según entiendo, puesto que mañana tienes el día libre, podemos seguir la juerga.

—Eres un exagerado —rió Cheryl—. ¡No creo que se pueda llamar juerga a lo

que hemos estado haciendo todo el día! Hemos paseado en coche, en lancha, hemos almorzado en aquel parador tan agradable... No me parece una juerga, francamente. Pero lo he pasado muy bien contigo, Tony, la verdad.

—Me alegro. En cuanto a lo de la juerga, lo que quería decir es que... quizá ya ha llegado el momento de... iniciarla, ¿no te parece? De modo que podemos volver ya a tu apartamento.

—Oh, bueno, es que...

—¿Algo va mal? —se sorprendió Tony.

—Francamente, no quisiera volver tan temprano allá, Tony. Quiero decir que me parece un poco más discreto volver un poco tarde, cuando ya nadie pueda fijarse en nosotros. Quizá te parezca una tontería, pero...

—Claro que no —pareció divertido Tony—. Pero ya me dirás adónde vamos ahora.

—Podríamos ir... a una playa que hay cerca de aquí, cerca del cruce con la 826. Se está muy bien allí, en paz...

—Y la luna es preciosa —murmuró Tony Mayfair, poniendo en marcha el coche—. Ve indicándome el camino.

Veinte minutos más tarde detenía el coche entre unas palmeras, muy cerca de la playa. Hacia el Sur se veía la luminaria de Miami y Miami Beach. Sobre las negras aguas, parecían flotar luciérnagas..., que no eran otra cosa que las luces de algunas embarcaciones navegando. Tony Mayfair paró el motor, y apagó las luces de posición. Volvió la cabeza hacia Cheryl, y sonrió. Le pasó un brazo por la nuca, y la atrajo, suavemente. Cheryl Larson entreabrió los labios... Tony los besó. Encontró en seguida la puntita de la lengua de Cheryl, que emitió un gemidito. Mayfair correspondió a tan íntima caricia, y su mano izquierda se deslizó hacia el torso de la muchacha; quedó sobre un seno, pero en seguida, los fuertes dedos masculinos procedieron a desabrochar la blusa. La mano fue hacia la espalda, encontró el cierre del sujetador, y lo soltó...

Cheryl se tensó un poco cuando la mano izquierda de Tony regresó en busca de sus senos, apartando el sujetador. Tony Mayfair acarició la carne tersa, fina, turgente. Cheryl tenía unos pechos no demasiado grandes, pero sólidos, cálidos, preciosos. Realmente, entre el profundo beso y el disfrute de aquellos pechos tibios y juveniles, Anthony Mayfair comenzó a perder el tino; su caricia manual se hizo más intensa, más codiciosa, posesiva; su boca parecía querer devorar la de la muchacha.

Notó perfectamente que ella movía sus brazos, pero no hizo caso. Lo supo, pero no lo asimiló. Continuó engolosinado con la boca de ella, con los pechos turgentes... Como si fuese un sonido procedente de otro planeta, oyó el «clic» más o menos sobre el regazo de Cheryl Larson; tampoco hizo nada.

Ella movió más el brazo derecho.

Tony Mayfair abrió de pronto los ojos, y se dio cuenta de que Cheryl los tenía abiertos. Captó la súbita crispación en la boca de ella, en todo su cuerpo; incluso, en

lo profundo del seno que estaba acariciando, percibió el tumultuoso latir del corazón de Cheryl, como si estuviese tan acelerado que fuese a estallar.

La alarma y la reacción de Tony Mayfair llegaron casi simultáneamente. Se irguió, dejando de besar a Cheryl, y su mirada bajó hacia el regazo de la muchacha. Vio el brillo de la pistola, y lanzó un grito ahogado, mientras su mano izquierda hacía brincar los senos de Cheryl al abandonarlos tan bruscamente, tan velozmente, descendiendo.

Lanzó un alarido cuando se produjo aquella sensación terrible de quemazón en su mano, y, al mismo tiempo, parecía recibir un mordisco de fuego en el costado izquierdo, todo ello mezclado con el estampido del disparo dentro del coche... Pese a todo, la mano izquierda de Tony llegó a la muñeca de la mano derecha de Cheryl, y la apartó hacia el salpicadero, en el momento en que se producía el siguiente disparo, y la bala, zumbando siniestramente junto a la oreja izquierda de Mayfair, salió por la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado.

Cheryl estaba gritando algo, se removía ahora con fuerza, intentaba recuperar el dominio de su mano derecha, continuar disparando... Mayfair recogió su brazo derecho, apoyó la palma de la mano en el rostro de la muchacha, y empujó, siempre manteniendo la pistola de modo que su línea de tiro no se orientase hacia él.

—¡Perra... del demonio...! —jadeó.

El empujón fue fortísimo. La cabeza de Cheryl chocó contra el montante de la portezuela. Se oyó un chasquido, y Cheryl Larson abrió mucho los ojos, los desorbitó, mientras su boca se crispaba espantosamente. Acto seguido, se relajó. Completamente. Como si fuese una muñeca a la que, de súbito, se le hubiese terminado la cuerda.

Durante unos segundos, Mayfair estuvo en aquella posición, manteniendo apartada la mano derecha de Cheryl, con su mano derecha en pleno rostro de la muchacha, viendo por entre sus crispados dedos los ojos desorbitados de la linda azafata. La mano derecha de ella le pesaba ahora en su izquierda. Mayfair deslizó su mano izquierda hasta que sus dedos tocaron la pistola. La agarró, soltó la mano de Cheryl, y el brazo cayó como un plomo. Muy despacio, Anthony Mayfair retiró su mano del rostro de la muchacha. La cabeza de ésta se venció un poco hacia delante. Mayfair tuvo la impresión de que Cheryl quería mirar sus pechos al descubierto.

Pero no. No era así. Cheryl Larson ya no podía ver sus senos, ni nada, pese a tener los ojos tan abiertos. Tony puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello femenino. No había latido alguno.

—¡La madre que...! —jadeó Tony.

Alzó la pequeña pistola, la miró. Miró luego los ojos de Cheryl. Todavía tardó quince o veinte segundos en percibir conscientemente el ardor en su costado izquierdo. Apartó la chaqueta, y vio el manchurrón oscuro. Le parecía que tenía una brasa allí, pero sabía muy bien de qué se trataba: ni mucho menos era la primera vez que recibía un balazo. Se miró la mano que empuñaba la pistolita. Le ardía

atrozmente, pero no vio sangre; estaba claro que el fogonazo del primer disparo le había ocasionado una buena quemadura en la palma y hacia el pulpejo.

Volvió a mirar a Cheryl Larson.

Muy bien, estaba muerta. Esto no le gustó, pero se preguntó honradamente si la culpa era suya, de él. Y la respuesta fue que no podía culparse. En ningún momento había tenido la intención de matarla, sólo había querido apartarle, controlarla, dominarla... ¿Se le podía culpar de que la cabeza de la muchacha se hubiese roto al chocar contra el montante de la puerta? Él mismo, y con seguridad la propia Cheryl, había recibido golpes mucho más fuertes que aquél en muchas ocasiones, y todo lo malo que había sucedido fue el florecimiento de un formidable chichón.

Mala suerte, azafata, angelito del cielo...

Tony Mayfair se serenó rápidamente. Estaba claro que Cheryl había recibido la orden de matarlo. Sí, debió ser cuando dijo haber llamado a una amiga para que le hiciese el servicio del día siguiente en la Starlines, ya que, a menos que él no se hubiese dado cuenta, no había utilizado el teléfono con anterioridad en todo el día. ¿A quién había llamado? ¿A Leticia Cosgrove? Podía ser ésta, o podía haber sido cualquier otra persona. Sí, podía haber llamado a cualquier otra persona, pero... la favorita de Tony era Leticia Cosgrove. Claro, podía equivocarse...

¿Sospechaba de él Leticia Cosgrove?

Se pasó la mano derecha por la frente. Estaba frío. Fuese como fuese, la muerte de una muchacha no era nada agradable, desde luego. Pero Cheryl había intentado matarlo, y eso, sencillamente, significaba que, de un modo u otro, estaba en la verdadera pista.

Muy bien, pues si estaba en la verdadera pista, él iba a seguir adelante fuese como fuese, porque el asunto...

En el retrovisor del coche, que estaba de frente al mar, destellaron las luces de otro vehículo, inundando de una extraña luz, durante aquel instante, el interior del vehículo, haciendo relucir siniestramente los ojos de Cheryl, que comenzaban a parecer de cristal.

Mayfair cambió de posición el espejo retrovisor, y se encogió en el asiento, empuñando la pistolita de Cheryl. El otro coche debía haber apagado ya el motor, porque no lo oía. Pero lo veía, acercándose con la inercia de la marcha, rebotando suavemente en los formidables amortiguadores. Se detuvo. Todas las luces del coche se apagaron, pero en seguida hubo un destello de las luces de cruce, que tiñó de amarillo las aguas de la cercana playa un instante. Tony Mayfair se sentía como atrapado, como metido en una ratonera..., pero no perdió la serenidad, reaccionó en el acto, haciendo la misma señal, lanzando un destello hacia las aguas.

Las portezuelas del otro coche se abrieron, y aparecieron dos hombres altos, atléticos.

Comenzaron a caminar lentamente hacia el coche de Cheryl, pero se detuvieron a unos siete u ocho metros.

—¡Cheryl! —llamó uno de ellos.

## CAPÍTULO IV

Tony Mayfair no se atrevía ni a moverse. Todavía, por el ladeado retrovisor, veía la parte superior de los cuerpos de ambos hombres.

—¿Cheryl? —llamó el otro.

Mayfair se pasó la lengua por los labios cuando vio que los dos sujetos, tras cambiar una mirada, hundían su mano derecha hacia la axila izquierda. Aparecieron las relucientes pistolas. Los dos hombres comenzaron a acercarse.

Y de pronto, Tony comprendió que aunque él consiguiese ocultarse a sus miradas a algunos pasos, no sólo lo verían pronto, fatalmente, sino que antes verían a Cheryl, sentada de aquel modo inusual, grotesco, en el extremo del asiento, con la cabeza caída sobre sus desnudos pechos...

Se irguió, Vivamente, de pronto, sacando la mano armada por la ventanilla, ordenando:

—¡No se muev...!

Los dos hombres respingaron a la vez, casi saltaron, y sus manos se movieron, sus brazos se extendieron, las pistolas lanzaron destellos.

Mayfair disparó contra el hombre de su derecha. El estampido de la pistolita de Cheryl le pareció de nuevo ridículo..., pero las balas no eran ridículas. El hombre de la derecha lanzó una exclamación, soltó la pistola como si ésta se hubiera puesto de pronto al rojo vivo, y saltó hacia atrás como si fuese un acróbata, alzando los pies más alto de donde había estado su cabeza, sobre la cual cayó en la arena...

Plop, plop, plop, estaba disparando con silenciador el otro sujeto..., y a cada disparo, el coche de Cheryl retemblaba, era sacudido, y se oyeron dos tremolantes rebotes en la carrocería y el fuerte impacto de la tercera bala en el salpicadero del coche.

Atrapado en la ratonera que significaba éste, Mayfair se lo jugó todo a una decisión: empujó la portezuela del coche, saltó de éste rodando por el suelo, giró una vez más sobre la arena... Estaba oyendo la exclamación ahogada del hombre cuando terminó de girar, rebozado en la fina arena, y le apuntó.

Sonaron a la vez los dos disparos; uno, ridículo, el otro con el característico «plop» de silenciador. Mayfair sólo supo, de momento, los resultados del disparo del otro: la bala se hundió en la arena a menos de dos palmos de su rostro, alzando un surtidor que fue a dar, en parte, en la cara de Tony un instante antes de que éste comenzase a girar de nuevo. Cuando lo hizo, tenía arena en la boca y en los ojos, y en la nariz... Giró desesperadamente, disparó tres veces más al azar, chocó contra el tronco de una palmera, y quedó detenido allí, atrapado, jadeante.

Pero nada sucedió.

Se colocó de rodillas rápidamente, interponiendo la palmera entre él y la posición que le calculaba al adversario, pero temiendo recibir de un momento a otro el impacto de la bala que acabaría con su vida.

Solamente se oía el rumor del mar.

Mayfair guardó la pistola en un bolsillo de la chaqueta, y se pasó las manos por los ojos, mientras escupía arena. Sopló por la nariz, volvió a escupir arena. Tardó casi medio minuto en recuperar la visión, borrosa. Le dolían los ojos. Bueno, le dolía todo, pero ya sabía que no tenía nada que temer. Estaba tan firmemente convencido de ello que cuando distinguió borrosamente al hombre, de pie, respingó fuertemente, y sacó con gesto frenético la pistola del bolsillo, apuntó..., y no disparó.

Se quedó mirando, atónito, al sujeto, que permanecía de pie, con los brazos colgando, ningún arma en sus manos. Tambaleándose, se acercó a él, sin dejar de apuntarle; la pistola del otro estaba en la arena. Mayfair se detuvo frente al sujeto, pasmado. Tenía los ojos abiertos, estaba de pie, pero... Lo empujó con la punta de la pistola, y el hombre, lentamente, cayó hacia atrás, rígido. Plom, resonó su cuerpo en la arena.

La mirada de Tony fue hacia la relativamente cercana carretera. Vio luces de algunos coches, procedentes de Miami o en dirección a ésta. Nadie se detenía, nadie se había enterado de nada. Se sentó en la arena, y quedó pensativo.

Acababa de matar a tres personas. *Tres personas*. No había sido en combate, esta vez, ciertamente. Pero se encontró preguntándose si aquellas tres personas no habían merecido la muerte mucho más que otras que había matado en combate. La respuesta que se dio a sí mismo le hizo apretar los labios.

Muy bien: ¿qué podía hacer ahora?

Tres minutos más tarde, había tomado su decisión, tras pensar rápidamente en todo el asunto. Una decisión que tuvo su buena parte de sorprendente y todavía más de macabra. Empuñando la pistola de uno de los sujetos, se acercó al coche de Cheryl, se detuvo a unos cinco metros, y se inclinó, para contemplar a la muchacha, que continuaba, claro está, en la misma postura. Fríamente, Tony Mayfair apuntó hacia el interior del coche, y disparó. Sonó el apagado «plop». Dentro del coche, el seno izquierdo de Cheryl Larson pareció saltar al recibir el impacto del balazo, vibró, se alzó y bajó... Cuando Tony Mayfair se asomó por la ventanilla, vio el denso borbotón de sangre que brotaba lentamente del pecho de Cheryl.

Tragó saliva, y murmuró:

—Lo siento... De veras que siento esto, preciosa...

Con su pañuelo, borró las huellas dactilares que había dejado, y se preocupó acto seguido de colocar la pistola en la mano de su propietario de modo que quedasen impresas una y otra vez, lo que era mucho mejor que haber empuñado la pistola con el pañuelo. Aprovechó para echar un vistazo a los bolsillos del hombre. Nada importante. Según su permiso de conducir se llamaba Samuel Decker, pero esto no significaba nada especial para Tony. El nombre del otro, Arnold Travers, tampoco le aportó dato alguno que de momento le pareciese útil.

Por un momento, Mayfair vaciló respecto a lo prudente de seguir adelante con el plan que se había trazado. Era muy arriesgado, lo sabía perfectamente. Pero..., ¿qué

había esperado? ¿Un paseo con los gastos pagados? Podía hacer dos cosas. Una, seguir adelante solo. Dos, pedir ayuda.

—No, señor —gruñó— ¡no voy a pedir ayuda a nadie!

O sea, que estaba totalmente decidido a seguir adelante con su plan.

\* \* \*

Una hora y pico más tarde, Tony Mayfair detenía el coche de los dos sujetos cerca del domicilio de Leticia Cosgrove, según constaba en el directorio telefónico: 1612, Ocean Drive, Miami Beach.

Apagó las luces del coche, se apeó y caminó hacia la hermosa quinta, por la parte de Lummus Park, buscando una cabina telefónica, pero sin dejar de mirar con frecuencia hacia la casa, que se veía por entre árboles al fondo, bien iluminada. Eran poco más de las nueve y media, sólo hacía hora y media escasa que Tony había sido herido, pero le parecía que hacía siglos, tal era el dolor de la herida. Mucho dolor, pero, por fortuna, sabía que la bala había salido, y que la herida no era peligrosa de ninguna manera. Aguantaría.

Distinguió una cabina telefónica cerca de la próxima esquina y apretó el paso... Justo en ese momento, en el jardín de la quinta se encendían las luces de un automóvil, que se acercaron a las verjas. Tony no vio a nadie abriendo las verjas, pero éstas se abrieron; por supuesto, con mandos desde la casa. El automóvil salió de la quinta, y pasó por delante de Tony Mayfair, que miró con no poco interés al conductor. Estuvo a punto de lanzar una exclamación al reconocerlo. Es decir, al reconocerla. Era inconfundible: Emily Persing, la preciosa rubia secretaria de Leticia Cosgrove.

En unos instantes, todos los planes que Tony había estado forjado, cambiaron. Echó a correr como pudo hacia donde había estacionado el coche de Travers y Decker, se metió dentro, y salió disparado en pos del que conducía la preciosa rubia.

Lanzó un gruñido de satisfacción cuando lo alcanzó, después de que Emily, tras girar a la izquierda en la 15th Street, tomó Collins Avenue. Estuvieron circulando siempre por Collins Avenue hasta la 41st. Allí, Emily Persing giró de nuevo a la izquierda, tomó por Arthur Godfrey Road, y minutos después enfilaba la autopista elevada Julia Tuttle Causeway, que cruzaba la bahía hasta Miami. Emily Persing salió por la salida Norte, y poco más tarde circulaba por Biscayne Boulevard...

Veinte minutos más tarde, la muchacha detenía el coche frente a una casita de una sola planta en South Hibiscus Drive, frente a un canal. Tony detuvo su coche, y apagó las luces.

¿Se había dado cuenta Emily Persing de la tenaz persecución?

La vio salir del coche, con un portafolios. Lo cerró, y fue hacia la casita. Entró en ésta, cerró la puerta, apareció luz en una ventana frontal. Luego, en otras dos...

Era un lugar agradable y tranquilo. Tony Mayfair salió del coche y un minuto más tarde pulsaba el timbre de la puerta de la casita.

Emily Persing abrió a los pocos segundos, con gesto expectante y cortés... Se

quedó con la boca abierta al ver a Tony.

—Señor Mayfair —se pasmó—, ¿qué hace usted aquí?

—¿Y usted? —Gruñó Tony.

—¿Yo? Bueno, yo vivo aquí, claro está.

—Ah.

Tony empujó la puerta, entró y cerró de un taconazo. La preciosa rubia abrió la boca, apareció en su rostro un gesto de protesta..., y entonces se dio cuenta de la palidez de Tony Mayfair. Hubo un parpadeo de sobresalto en sus grandes ojos. Y de pronto, vio el manchurrón de sangre en la parte inferior de la camisa y la chaqueta de Tony.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Cielos!, ¿qué le ha ocurrido? ¿Ha tenido un accidente...?

La manaza de Mayfair se movió velozmente, agarró a Emily por los rubios cabellos con gesto brusco, casi brutal, y le forzó la cabeza hacia aquel lado. Emily lanzó un grito de dolor, pero se atragantó cuando vio que la otra mano de Mayfair se alzaba sobre su rostro, y oyó la ronca amenaza del visitante:

—¡Yo te voy a dar a ti accidentes...! ¿Estás sola en este lugar?

—Sí, sí... ¡Me está haciendo daño!

—Cierra la boca. Y vas a caminar delante de mí, sin chistar. ¿De acuerdo?

—Usted... usted es un animal... ¡Me está lastimando!

—¿Dónde has dejado el portafolios?

—En la sala... ¡En la sala!

—Pues vamos allá. ¡Y cierra la boca!

Emily, que le contemplaba con expresión aterrada, se las arregló para mostrar su asentimiento. Tony la llevó por delante de él, sin soltar sus cabellos. No había nadie en la sala de estar. Es decir, había música. Mayfair gruñó algo, entornó los párpados. Sobre un sillón, vio el portafolios. Sentó a Emily en otro sillón de un empujón, y gruñó:

—No te muevas de aquí.

Tomó el portafolios y lo abrió. Dentro no había ningún arma, como había barruntado. Sólo había papeles, cigarrillos, un par de bolígrafos, un bloc... Cuando miró a Emily, ésta le contemplaba todavía asustada, pero un poco menos.

—¿Qué... qué es lo que busca usted? ¿Dinero?

—¿Con quién vives aquí?

—Sola... Señor Mayfair, si busca din...

—¡No digas más tonterías!

Emily se sobresaltó de nuevo, y quedó callada, siempre muy abiertos sus extraordinarios ojos violáceos. Tony se acercó a ella, titubeó, pero de pronto le pasó las manos por el pecho. Emily dio un grito y un saltito que la enderezó en el sillón, atragantada con el gritito.

—No te estoy metiendo mano, así que tranquila —gruñó Tony Mayfair— sólo busco algún arma.

La muchacha no conseguía reaccionar. Permanecía inmóvil, rígida, mientras Mayfair palpaba entre sus pechos, y luego le alzaba la falda y miraba sus muslos, y palpaba en su vientre por encima de la ropa.

—Está bien, relájate, angelito. ¿De modo que tú no vuelas? De acuerdo: ¿cuál es tu trabajo en la Starlines, entonces?

—Yo... yo-yo-yo ya... ya se lo dije... esta mañana...

—Lo preguntaré de otro modo: ¿qué has estado haciendo en la casa de la señorita Cosgrove?

—Bu-bueno, es que ella me... me ne-neces...

—¡No tartamudees!

Emily se atragantó de nuevo y quedó silenciosa. Mayfair le dirigió una torva mirada, y fue a dejarse caer en otro sillón. Ahora sentía un sudor frío en la frente. Se miró la mano izquierda, chamuscada. Identificó la música: Sinfonía núm. 4 en mi menor, Opus 98, de Brahms. Chocante.

Miró de nuevo a la muchacha con los párpados entornados, y musitó:

—Vives bien, según parece... Esto es una simpática bombonera.

—Bueno, yo... procuro que resulte agradable, sí.

Treta fallida: Emily Persing no se había alterado por la mención de la bombonera.

—Pues lo has conseguido. Y ahora, si estás más tranquila, dime qué has estado haciendo en casa de tu directora.

—He estado solventando asuntos urgentes para mañana.

—¿Quieres decir cosas de la oficina?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no los habéis resuelto allá, en la Starlines?

—Porque la señorita Cosgrove apenas ha parado allí en todo el día. Me llamó poco antes de la hora de cerrar, y me dijo que me necesitaba, que tendríamos que trabajar unas horas en su casa, pues quizá mañana tampoco pudiera ir a las oficinas y quería que nada se retrasase.

—Y tú acudiste corriendo.

—No tenía por qué negarme. Ella es siempre amable conmigo, me paga bien, y esto sólo sucede de tarde en tarde. Aparte de que no me perdía nada especial aquí.

—Sólo a Brahms.

—Tengo a Brahms siempre que quiero, señor Mayfair.

Éste asintió, recogió de nuevo el portafolios y sacó su contenido. Había algunas cartas, ya firmadas por Leticia Cosgrove y documentos... Todo estaba relacionado con las actividades normales de la Starlines.

—¿Qué ha estado haciendo la señorita Cosgrove todo el día fuera de su despacho?

—No tengo ni idea.

Mayfair miraba fijamente los ojos de Emily Persing. ¿Realmente había metido la pata? Mal asunto, porque si era así, habría que dar alguna explicación convincente a

la muchacha, e incluso sería necesario convencerla de que no mencionase a Leticia Cosgrove aquel desagradable encuentro. ¿O no se había equivocado, y Emily Persing era tan... angelito como Cheryl Larson?

Tony sacó del bolsillo interior de la sucia chaqueta la pistola de Cheryl, observando a Emily, que se sobresaltó ligeramente, y de nuevo le miró con los ojos muy abiertos.

—Tranquila —sonrió torcidamente—. Nada va a pasarte si te portas como una buena chica.

—Sí... Sí, señor, sí...

—¿Me tienes miedo?

—La verdad es que... me gustó usted más... esta mañana.

Tony asintió, se puso en pie y se volvió de espaldas a la muchacha. Retiró con gesto hábil y rápido el cargador de la pistolita de Cheryl, y lo guardó en un bolsillo interior. Maniobra perfecta, limpia, rápida. Luego, empuñando la pistola, se acercó a Emily, se plantó delante de ella, y la apuntó al centro del pecho.

—Te vas a estar aquí quietecita mientras yo telefono, ¿de acuerdo?

—Sí... Sí, señor.

De nuevo asintió Tony, se acercó a la mesita donde estaba el teléfono y se dispuso a descolgar el auricular. Miró la pistolita, que parecía molestarle, y la dejó en el brazo del sofá. Luego, alzó el auricular y comenzó a marcar el número de Leticia Cosgrove.

—¿...?

—Quiero hablar con la señorita Cosgrove.

—¿...?

—Tony Mayfair... Sí, espero.

Transcurrieron unos segundos antes de que oyera la voz de Leticia.

—¿...?

—Sí, soy yo, señorita Cosgrove. Quisiera verla cuanto antes, esta misma noche...

—¿...?

—Bueno, es un poco largo y comprometido de explicar por teléfono. He estado pensando, y creo que el mejor sitio es su casa. Yo podría ir allí muy discretamente... No quiero comprometerla, señorita Cosgrove, pero... necesito su ayuda.

—¿...?

—Por favor, no puedo hablar ahora.

—¿...?

—Estoy en una cabina telefónica, en North Miami Beach. Podría estar ahí en media hora; como máximo, cincuenta minutos.

—¿...?

—Gracias. Gracias, señorita Cosgrove... Hasta dentro de media hora. Adiós...

Colgó y se volvió hacia Emily Persing, a la que había ido dando la espalda cada vez más completamente, ofreciéndole una clarísima oportunidad para que se apoderara de la pistola y disparase contra él o intentara controlarlo. Pero la pistola

continuaba en su sitio, y Emily le miraba desconcertada y preocupada, como si ni siquiera hubiera visto el arma.

—¿Qué está ocurriendo, señor Mayfair? —preguntó Emily.

—¿Se atrevería usted a matarme, señorita Persing? —retrucó irónicamente Mayfair.

—¡Dios mío, claro que no!

—Bueno, pues otras personas si se han atrevido a intentarlo. Y lo que han conseguido ha sido echar a perder un traje aceptable y enviar a hacer puñetas una corbata de cincuenta dólares. ¿Tienes algo para curarme?

—Sí, desde luego. A veces...

—Tráelo. Y vendas. ¿Tienes algún amante, o algún hombre que alguna vez se haya dejado ropa en tu casa?

—No. Pero quizá alguna de mis camisas sueltas le pueda servir. Siento no tener otra cosa.

—Bueno, ve a buscar lo que tengas.

Quince minutos más tarde, Tony Mayfair estaba convencido de que no debía temer nada de Emily Persing. No sólo había reincidido en dejarle la pistola a su alcance, sino que la muchacha podía haber intentado clavarle las tijeras si, demasiado lista para caer en la trampa de la pistola descargada, quería de todos modos terminar con él. Lo que sucedió fue que, simplemente, Emily Persing ayudó a Mayfair en la cura, y le prestó una camisa de ella, de corte varonil, amplia..., pero del todo insuficiente para los anchos hombros del herido. Consiguió ponérsela, pero ambos sabían que no duraría entera mucho rato.

—¿Va a ver ahora a la señorita Cosgrove?

—En efecto. Y te diré una cosa, Emily: yo sabré si la has llamado para decirle lo ocurrido aquí, y que le he mentado respecto al lugar desde el que la he llamado. Y si me entero de que has utilizado esa preciosa boquita para dar el chivatazo, volveré por aquí... en plan más desagradable. A todos los efectos, tú no sabes de mí más que lo que yo te dije esta mañana en la Starlines. ¿Está claro?

—Sí, señor. Pero ¿qué hago si viene la policía?

—¿La policía? ¿Aquí? ¿Por qué demonios habría de venir aquí la policía?

—Es evidente que está usted metido en un lío. Y si la policía...

—Deja en paz a la policía. No es cosa de ellos.

—¿De quién es, entonces?

—De momento, mía.

—Ah. ¿Y... quién es usted?

Tony frunció un instante el ceño, pero acabó por sonreír.

—¿Me creerás si te digo que pertenezco al Servicio de Investigaciones Diplomáticas de los Estados Unidos? El FBI.

—Nunca antes he oído el nombre de ese servicio. ¿Quiere decir que es un... espía, o algo así?

—Más o menos.

—¿Y está espiando a la Starlines? —Se pasmó Emily.

—La Starlines, querida mía, es un nido de asesinas.

—¿Qué? —Palideció Emily.

—A ver si vas a resultar sorda... He dicho bien claro que la Starlines es un nido de asesinas.

—Usted... usted debe estar loco...

—Dame un papel y un bolígrafo: voy a escribirte algo, tú lo lees, y luego seguimos conversando. ¿Te parece bien?

Todavía no muy convencida de que estuviese sosteniendo una conversación seria, Emily facilitó papel y bolígrafo a Mayfair, que escribió rápidamente y tendió el papel a la muchacha.

Ésta leyó:

Desdichados... es horroroso... es... es... horroroso, son... son demonios que... que... la Starlines, ellas, las... las azafatas... son demonios...

Emily alzó la mirada hacia Tony, que la contemplaba con suma atención.

—No entiendo nada —murmuró Emily.

—Nosotros todavía tampoco. Pero te diré de dónde sacamos esas palabras que te he escrito... Un diplomático boliviano llamado Héctor Alcántara fue asesinado hace unos días en Washington, frente a su embajada. Un agente de la policía que estaba de servicio por allí cerca vio pasar un coche a toda velocidad, alejándose de la embajada, y se olió algo. Echó a correr hacia la embajada, ya que de ninguna manera podía seguir al coche, y encontró a Héctor Alcántara en el suelo; el boliviano tenía dos balazos en el pecho, pero todavía pudo decir exactamente eso que tú has leído. Sólo eso, y murió. El agente no comprendía nada, pero tenía buena memoria, y luego él mismo escribió lo que había dicho Alcántara.

—¿Y le enviaron a usted a investigar a la Starlines?

—Exactamente.

—Pero... Bueno, usted evitó el secuestro de uno de nuestros aviones, fue por eso que se hizo amigo de la señorita Cosgrove...

—No seas boba —masculló Mayfair— lo del secuestro del avión estaba preparado precisamente para que yo pudiese introducirme en la Starlines. Ni le rompí la mandíbula a nadie, ni corrí ningún peligro en ningún momento, los «secuestradores» eran cubanos amigos nuestros, que aceptaron «divertirse» un rato con el asunto. Ahora, el FBI, colaborando con mi servicio, los retiene tranquilamente hasta que todo haya terminado.

—Pe-pero todo esto...

—Ya sé que te parece extraño. Podíamos haber realizado una investigación directa y fulminante de la Starlines, ¿no es eso lo que estás pensando? Pero eso no interesaba: sea lo que sea lo que la Starlines y sus azafatas estén haciendo, tiene que ser una actividad tan secreta y bien montada desde el primer momento que, por

supuesto, podrá resistir cualquier investigación normal. Pero el hecho cierto, es que el diplomático Alcántara mencionó la Starlines y sus azafatas... Las llamó demonios, y ahora sé por qué: son unas asesinas.

—¡Oh, Dios mío!, ¡claro que no! Usted se... se confunde...

—¿Quién crees que me ha hecho esto? —señaló Tony su costado y mostró su mano chamuscada.

—Pues...

—Ha sido la linda Cheryl Larson. Quería matarme, pero tuve suerte. No sé qué es eso tan horroroso que pueda estar haciendo la Starlines, pero sí sé ahora con seguridad que sus azafatas..., o al menos alguna de ellas, son asesinas profesionales. Cheryl quiso matarme. Luego, llegaron dos tipos, que supongo debían encargarse de mi cadáver y hacerlo desaparecer. También eran dos asesinos profesionales. La pregunta completa y redonda es: ¿qué hace la Starlines que es horroroso y en lo que intervienen asesinos profesionales masculinos, y, al parecer, una flotilla de lindas azafatas? ¿Lo sabes?

—¡Yo no sé nada de todo eso! ¡Ni puedo creerlo!

—Emily: en alguna parte de la Starlines tiene que estar la explicación de todo. Puedes creer o no lo que te he contado, pero seré amable contigo repitiéndote mis instrucciones: sólo sabes de mí lo que supiste esta mañana en las oficinas, no has vuelto a verme, no sabes nada de nada más. ¿Lo entiendes bien?

—Sí... Sí, señor.

—De acuerdo. Lamento haberte estropeado la velada con el tierno Brahms, pero, como tú misma bien has dicho, a Brahms puedes tenerlo siempre que quieras. Vuelve a poner el disco, sosiégate, y aquí no ha pasado nada..., excepto que has sido un chica amable conmigo y por lo tanto te estoy agradecido. Adiós, Emily: que sueñes con los angelitos...

¡Con los auténticos, quiero decir, no con los de la Starlines!

—Le... le acompañaré a la puerta...

—No te molestes. Ah, una última cosa: ¿alguna vez has oído en la Starlines a alguien hablar de «la bombonera»?

—¡No... Nunca! Bueno, usted mismo ha dicho antes que mi apartamento...

—Olvídalo. Le dije lo mismo a Cheryl, y ella tuvo una extraña reacción, creo que se asustó. Y por eso, antes de salir de su apartamento, metió su pistola en su bolso..., aunque no se decidió a dispararme hasta que pudo hablar con alguien por teléfono, le dijo que yo había mencionado la bombonera, y entonces recibió orden de llevarme a determinado lugar de la playa, matarme y esperar a que sus amigos pasaran a recogerme. Tuvo que ser así: sólo se decidieron a matarme cuando Cheryl dijo que yo había mencionado la bombonera... ¿Seguro que no te dice nada esa palabra?

—En el sentido que usted... parece buscar, no. Para mí, una bombonera es... es sólo una caja bonita para guardar bombones.

Mayfair frunció el ceño. De pronto, sonrió.

—Una caja para guardar bombones... ¿A que va a resultar que la Starlines se dedica al contrabando de bombones?

Salió de la salita, recorrió el pasillo hasta la puerta del apartamento, la abrió, la cerró..., pero quedándose dentro del apartamento, y se colocó en un rincón del vestíbulo. De un momento a otro iba a oír girar el disco del teléfono, estaba seguro. La provocación no podía ser más grande para Emily Persing. Si ésta era una chica como Cheryl Larson, no tenía más remedio que llamar cuanto antes a alguien para ponerle al corriente del peligro que estaba corriendo la Starlines, representado, de momento, en la persona de Anthony Mayfair.

Pero no sonó el teléfono. Sonó de nuevo la música de Johannes Brahms. Oyó, además, los pasos de Emily Persing de un lado a otro. Hacia el fondo del apartamento se encendió una luz. De nuevo los pasos de la muchacha. El teléfono seguía sin sonar, ella no marcaba ningún número. ¿Se había dado cuenta de la treta de Mayfair, era tan lista que sospechaba que él estaba esperando para caer sobre ella en cuanto comenzase a marcar un número telefónico, impidiéndole hacer la llamada y presionándola entonces adecuadamente?

Seguía sonando la música.

Tony Mayfair se sentía irritado. Miró su reloj. Se estaba retrasando demasiado en su cita con Leticia Cosgrove. ¡Maldita sea, el teléfono tenía que dejar oír el giro de su disco!

¿Qué estaba esperando Emily Persing?

Silenciosamente, Mayfair se deslizó hacia el lugar donde estaba la muchacha. Se asomó cautelosamente por un lado de la puerta de la salita. Quedó atónito..., y molesto consigo mismo. Emily estaba sentada en un sillón, con un vaso de *whisky* en las manos, absorta la mirada; o estaba simplemente escuchando a Brahms, o estaba pensando en las extraordinarias cosas que le había contado Tony Mayfair. Pero éste comprendió que no tenía ninguna intención de telefonar.

Apareció en la salita.

—Olvidé preguntarte...

Emily Persing se puso en pie, lanzando un grito de tremendo sobresalto mientras el vaso salía disparado de su mano, para ir a estrellarse en el suelo. La muchacha se llevó una mano al corazón. Estaba demudada.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Dios mío!

Se quedó mirando con ojos desorbitados a Mayfair, que masculló:

—Olvidé preguntarte si sabes de algún supermercado o cualquier otro sitio por aquí cerca, o camino de la casa de la señorita Cosgrove, donde pueda comprar una chaqueta y una camisa... ¡No puedo presentarme allá con una de tus camisas!

## CAPÍTULO V

Las verjas se abrieron accionadas desde la casa apenas Tony detuvo el coche delante. Segundos más tarde detenía el coche frente a la puerta, y se apeaba. La puerta la abrió una linda jovencita que llevaba un encantador uniforme de servicio... Todo era bonito en la vida de Leticia Cosgrove: su despacho, su casa, sus empleadas... Todo.

La criada lo llevó a una salita igualmente linda, en la que Leticia apareció cuando Tony apenas había empezado a fumar un cigarrillo. Leticia entró, cerró la puerta y se quedó mirándolo.

—¿Qué es lo que ocurre, señor Mayfair? Tengo invitad...

—Han matado a Cheryl. Leticia palideció ligeramente.

—¡Dios mío...!

—Y estuvieron a punto de matarme a mí. Me estropearon un traje estupendo y una corbata de cincuenta dólares. He tenido que curarme solo por ahí, como una bestia y comprar ropa otra vez...

—Pero... ¿Cómo ha sido, quién...? ¡Los amigos de los hombres que usted dominó en el avión!

—Eso he pensado —asintió Tony—. Siento mucho lo ocurrido, señorita Cosgrove. Y me temo que de nuevo tendrá que ayudarme.

—¿Ayudarle? ¿Cómo? ¿Qué ayuda necesita usted?

—Bueno, he matado a dos hombres, y...

—¿Ha matado a dos hombres? —Quedó lívida Leticia.

—Sí, sí...

—Pero ¿qué ha ocurrido, cómo ha sido?

Mayfair se acercó a Leticia, la tomó de las manos y la llevó hacia una butaquita, en la que la sentó empujándola suavemente. Se sentó frente a ella, y se quedó mirándola. Leticia Cosgrove estaba bellísima, con un vestido corto, escotado, Su piel parecía nácar. Había recogido el cabello en lo alto de la cabeza, y su cuello se veía completamente fino, esbelto, delicioso. Tenía las orejas diminutas. Casi eran más grandes los brillantes que llevaba en ellas.

—Será mejor que esperemos a que se tranquilice, señorita Cosgrove.

—Estoy lo bastante tranquila para escucharle...

—Bien. Bueno, Cheryl y yo estábamos frente al mar, dentro de su coche, haciendo tiempo para no llegar demasiado pronto a su apartamento, y... Ya sabe... Bien, nos besamos. Estábamos los dos en el séptimo cielo besándonos y demás, cuando dentro del coche apareció como una luz. Yo estaba besando a Cheryl y tenía los ojos cerrados, pero la luz atravesó mis párpados. Sorprendido, abrí los ojos: eran las luces de un coche que se acercaba al nuestro por detrás y que se habían reflejado en el espejo retrovisor. El coche se detuvo y vi salir a dos hombres. Le dije a Cheryl que aquello no me gustaba nada, y ella dijo «no te preocupes, tengo una pistola, y bastará para asustarlos si quieren molestarnos». Me sorprendió que ella tuviese una

pistola, pero era cierto. La sacó de su bolso, y yo me apresuré a quitársela de las manos. Le dije «esto es cosa mía, yo sé cómo manejarla, si llega el caso». Ella protestó, intentó recuperar la pistola, dijo que se la devolviese... ¡Cielos, debía estar loca esa pobre chica! Parecía haberse vuelto histérica, gritaba... De pronto, oí un zumbido junto a mi oreja, y... y el impacto de la bala en la carne de Cheryl, en el pecho; ella rebotó contra la portezuela, y se quedó con los ojos abiertos. Comprendí que nos estaban disparando, que iban a acribillarnos allí dentro, y entonces les hice frente con la pistola de Cheryl, y les... Bueno, no vale la pena entrar en detalles. Tuve más suerte que ellos, eso es todo.

Leticia Cosgrove, que escuchaba a Mayfair atónita, parpadeó.

—¿Dónde está Cheryl ahora? —murmuró.

—Pues... la dejé en el coche. Había recibido varios balazos..., el coche, quiero decir, y me pareció que llamaría la atención si viajaba en él, de modo que metí a los dos sujetos en el maletero del coche de Cheryl, tomé el coche de ellos, y me largué. He estado curándome yo solo por ahí, he comprado ropa nueva..., y he estado pensando. ¡Estoy en un lío, señorita Cosgrove!

—¿Por qué? —susurró ella—. Sólo tiene que informar al FBI de lo ocurrido, y ellos...

—¡Ni hablar! Escuche, ese idiota de Stan Donegan, mi amigo..., el que tenía que darme trabajo, ¿recuerda?..., pues el muy puerco se ha metido en un lío, lo han detenido. ¡Y yo venga alardear de mi amigo Stan Donegan! Si les da por acusarme de complicidad en sus porquerías, las voy a pasar mal. Y he matado a dos hombres, ya no es lo de impedir el secuestro de un avión sin matar ni tan siquiera herir a nadie.

—Si usted explica lo que ocurrió, el FBI tendrá que comprender que...

—¡No quiero más tratos con el FBI! ¡Maldita sea mi estampa, soy el idiota más grande del mundo! Debí dejarme llevar a Cuba y todo habría sido mejor para mí.

—Pero, señor Mayfair...

—¡He estado en prisión hasta hace poco!

—¿Qué?

Tony Mayfair se pasó las manos por la cara.

—Mire, señorita Cosgrove, ya sé que no es de su incumbencia, que usted no tiene por qué complicarse la vida, ni sentir interés por la mía, pero... Ocurrió en Vietnam, poco antes de nuestra retirada de allí: le rompí la cara a un oficial. ¡Era un maldito hijoputa que la había tomado conmigo, a toda costa quería que mis huesos se pudrieran en Vietnam! Así que un día le rompí la cara..., y fue el modo de salir de allá. Me detuvieron, me juzgaron, y... Bueno, salí de la prisión no hace ni tres semanas. En estos momentos, los del FBI ya deben saber todo esto de mí, pero, a fin de cuentas, lo que he hecho esta vez ha sido elogiado, ¿no es cierto? Me refiero a lo del avión. Pero si me presento ahora allá, y digo que he matado a dos hombres, y les pongo en las manos el cadáver de una chica...

Mayfair movió la cabeza y no dijo nada más. Era Leticia quien tenía que hablar

ahora. Si ella decía que no podía ayudarlo, y que no veía más solución que decir la verdad a la policía o al FBI, y explicar que a fin de cuentas sólo había defendido su vida, todo el trabajo realizado hasta entonces no habría servido de nada. Pero si ella tenía algo que ver con aquello, si ella era la que había ordenado a Cheryl que le matase y la que había enviado a los dos hombres, no podía reaccionar de ese modo, sino ayudando a Mayfair, a escamotear los cadáveres, evitar por todos los medios una investigación policial...

—Está bien, señor Mayfair —suspiró Leticia—. No sé cómo, pero me gustaría ayudarlo.

¿Qué se le ocurre a usted?

—No sé... ¡No se me ocurre nada! Pero si usted me ayuda, señorita Cosgrove, yo... ¡yo me convertiré en su esclavo, tendrá en mí a su mejor amigo siempre que me necesite!

—Bonitas palabras —sonrió Leticia—. Pero luego, a la hora de devolver el favor, nadie las recuerda.

—Escuche... Estoy solo, no tengo dinero, ni amigos, ni trabajo... Salgo de la prisión y sólo se me ocurre meterme en un lío de secuestro de avión, y luego matar a dos hombres...

¡Ayúdeme a salir de ésta y tendrá siempre en mí a su más leal amigo! ¡Haría cualquier cosa por usted, señorita Cosgrove!

—Eso me parece mucho prometer, Tony.

—¡Se lo juro! ¡Haría cualquier cosa!

—¿Incluso matar? —rió Leticia.

Tony Mayfair se quedó mirándola fijamente.

—No se ría —murmuró—. Para mí, matar es ya una costumbre, no me asusta. Sí, incluso matar.

—Vamos, Tony, vamos...

—Está bien, no me crea si no quiere, pero ¡ayúdeme!

Se quedaron mirándose fijamente. Mayfair sabía que, ahora, Leticia Cosgrove estaba valorando su oferta; todavía tenía sus dudas sobre Tony Mayfair, pero estaba valorando la oferta. Podía o no podía confiar en él, pero lo que no podía de ninguna manera era permitir que la policía interviniera, que se hiciera cargo de los cadáveres de Cheryl y los dos sujetos, pues se vería envuelta en una investigación que no le convenía. El problema, realmente, sólo estaba en si Leticia iba o no iba a confiar en Tony Mayfair...

—Espéreme aquí —dijo Leticia, poniéndose en pie—. Volveré dentro de unos minutos.

—Lo que usted diga.

Leticia salió del saloncito, cruzó el amplio vestíbulo de la casa y entró en el salón grande, en el otro extremo. Allí, esta vez tomando champaña, estaban sus cuatro amigas, charlando. Pero la miraron en seguida, vivamente, expectantes.

—¿Qué? —exclamó una de ellas.

Leticia se sentó bebió un sorbo de champaña y procedió a explicar lo que le había explicado a ella Anthony Mayfair.

Cuando terminó, hubo unos segundos de silencio antes de que una de las oyentes murmurase:

—Sin duda está mintiendo, Leticia. No olvides que él, ese Mayfair, le mencionó la bombonera a Cheryl. Eso fue lo que te dijo Cheryl cuando te llamó esta tarde, ¿no?

—Sí. Y le ordené que matara a Mayfair, naturalmente. Pero ahora me pregunto si Mayfair no mencionó casualmente «la bombonera».

—¡Vamos, Letty...! —protestó otra.

—¿Por qué no, Sally? Es una expresión corriente, vulgar... Se usa mucho cuando se visita un lugar encantador, con todos los detalles, coquetón... ¡No me digas que no ha oído nunca a nadie decir que tal o cual apartamento o habitación parece una bombonera!

—Bueno, sí, pero...

—Pudo perfectamente ser una casualidad. Tuvo que serlo. La verdad es que Mayfair no me parece tan tonto como para querer sonsacar a Cheryl de modo tan ingenuo, mencionando simplemente la bombonera... ¿Acaso podía esperar que en cuanto él mencionase la bombonera Cheryl iba a explicárselo todo? ¡Es absurdo!

—Creo que tienes razón —intervino otra.

—Así lo creo, Adele —la miró Leticia—. Por otra parte, me parece que no tenemos muchas alternativas. Si Tony Mayfair no es lo que dice ser, si nos está engañando, significa que ya tenemos detrás nuestro a todo el FBI, y nada ganaríamos eliminándolo..., salvo complicarnos todavía más la vida. Así que podemos matarlo..., o aceptar sus servicios. Las dos cosas son peligrosas, pero al menos, si lo aceptamos y él es sincero conmigo, habremos salido del apuro sin contratiempos. En cambio, si no le ayudamos, si le decimos que allá se las arregle con los tres cadáveres, entonces sí es seguro que la Starlines se va a ver envuelta en una investigación a fondo. No olvidemos que Cheryl trabaja para nosotros..., y que los dos hombres que Mayfair ha matado no son cubanos, sino norteamericanos..., a los que, siguiéndoles el rastro, posiblemente podrían llegar a relacionar con la Starlines. ¡Tenemos que correr el riesgo de ayudar a Mayfair, de ponerlo de nuestro lado!

Quedaron todas silenciosas, pensativas. Todas de unos cuarenta años, todas hermosas, elegantes, resplandecientes, enjoyadas... Era un quinteto magnífico, que habría despertado en el acto los apetitos de cualquier sultán aficionado a un harén bien provisto...

—Me parece —suspiró de pronto Adele— que no tenemos más remedio que seguir esta jugada.

—Todavía hay más —dijo Leticia—: ¿de dónde habrían conseguido alguna pista hacia la Starlines? ¡Todas las personas que en algún momento han podido comprometernos han sido eliminadas! Vamos, yo creo, simplemente, que acabamos

de hacer una buena adquisición, eso es todo. Iré a decirle algunas cosas a Mayfair.

—Nosotras deberíamos marcharnos —dijo Mary—, no veo la necesidad de que él nos conozca, al menos de momento.

—De acuerdo —asintió Leticia, poniéndose en pie.

\* \* \*

De pie ante la ventana de la salita, Tony Mayfair vio salir de la casa a las cuatro mujeres. Es decir, las vio cuando caminaban hacia los tres coches estacionados frente a la casa que había estado mirando, intentando en vano ver las matrículas. Parpadeó al ver que sólo había mujeres. ¿Ningún hombre entre los invitados de Leticia Cosgrove?

Cuatro mujeres que le parecieron espléndidas. Dos de ellas entraron en un coche, y cada una de las otras sola en otro coche. Las luces de posición fueron encendidas, uno de los vehículos inició la maniobra... Tony Mayfair respingó, recordó de pronto a Leticia, y regresó a toda prisa a su butaca.

Tuvo el tiempo justo. Apenas se había sentado, Leticia apareció en el pequeño saloncito privado, y sonrió cuando Tony la miró con gesto ansioso.

—Vamos a intentar resolver esto, Tony —dijo amablemente—. He despedido a mis invitados, y he llamado por teléfono a unas personas que se ocuparán de todo.

Tony se puso en pie de un salto.

—¡Señorita Cosgrove, no sabe cuánto le agradezco...!

—Bueno, bueno, ya está hecho, ya no tiene que ser tan expresivo, Tony.

—Es que... Bueno, realmente, usted no tenía por qué complicarse la vida por mí, así que mi agradecimiento es todavía mayor.

Leticia Cosgrove no se inmutó, exteriormente, al oír aquello, pero sintió un súbito vacío en el estómago. Ciertamente: ella no tenía por qué complicarse tanto la vida por nadie..., a menos que tuviese unos buenos motivos para ello. ¿Y qué motivos podían convencer a Tony Mayfair? ¿El simple agradecimiento por haber evitado el secuestro de un avión de la Starlines? Esto no era convincente, de modo que Leticia Cosgrove, siempre sin inmutarse, incluso sin perder la sonrisa, encontró en seguida otra explicación mucho más convincente... para la vanidad de cualquier hombre: se acercó a Tony, y le echó los brazos al cuello.

—Las mujeres —susurró— siempre hacemos tonterías. Sobre todo cuando creemos que vale la pena.

Tony Mayfair parpadeó. Luego, lentamente, como indeciso, puso sus manos en las caderas de Leticia. Ésta rió quedamente, dulcemente.

—Debes ser un hombre poco vanidoso cuando no te has dado cuenta de cómo te he estado mirando desde que te conocí, Tony —dijo con voz cálida—. ¿O es una pose de hombre duro?

—No debo ser demasiado duro, ya que me duele el balazo de aquel tipo —susurró Mayfair.

—Pobrecito mío —sonrió Leticia; y le dio unos besitos en la barbilla y en los

labios—. Si tan mal estás, no podrás acompañar a nadie a donde dejaste el coche de Cheryl, supongo.

—Bueno, un esfuerzo más no creo que me mate.

—¿Por qué correr el riesgo? —Leticia volvió a besuquearlo deliciosamente—. Dime dónde está exactamente, y yo me encargaré de todo. Mientras tanto, puedes subir a bañarte, y yo misma echaré un vistazo a esa herida, para mejorar sus condiciones.

—¿Quieres decir que me quedo... como invitado? Te lo agradezco mucho.

—Te acompañaré al cuarto de baño. Anda, ven.

Le tomó de una mano, y tiró de él. En el vestíbulo, Tony vio a la criada que le había abierto la puerta. Arriba había otra criada, tan bonita o más que la de abajo. Tony estuvo a punto de decir que aquella casa sí era una auténtica y gran bombonera, pero prefirió no buscarse complicaciones. Aunque habría sido curioso observar la reacción de Leticia si él mencionaba una bombonera... ¡Cosa extraña!

Leticia lo introdujo en un dormitorio amplísimo, decorado lujosamente, con gusto exquisito, con tonalidades azules y crema. Era un dormitorio de los llamados «de cine», casi fastuoso. Tenía un cuarto de baño anexo; un cuarto de baño refinado, elegante, con plantas, bañera redonda empotrada en el piso, grifería que parecía de oro.

—Caracoles —murmuró Tony—, ¡nunca creí merecer tanto! La verdad es que no necesito tanto dormitorio para mí solo. Leticia.

—Es el mío —le miró ella, risueña—. Espero que te parezca comfortable.

Abrió el grifo del agua caliente. Tony se sentía poco menos que como un mendigo sentado en un trono. Se sorprendió al darse cuenta de que el agua salía ligeramente perfumada. Luego, frunció el ceño, pero Leticia se echó a reír.

—¡No importará mucho que esta noche huelas igual que yo! —exclamó—. ¿Dónde dejaste exactamente el coche?

Por la mente de Mayfair pasó la idea de que ella sabía perfectamente dónde estaba el coche, ya que Cheryl debía haberle dicho dónde iba a parar para matarlo, y ya Leticia había enviado allá a los dos sujetos. Pero se limitó a dar las explicaciones oportunas, mientras la bañera se iba llenando.

—Relájate —dijo Leticia—. Volveré en cuanto haya arreglado todo y te vendaré bien esa herida...

Casi una hora más tarde, Leticia Cosgrove terminaba de vendar la parte inferior del torso de Tony Mayfair, que estaba como flotando. No sólo se había relajado con el estupendo baño perfumado, sino que Leticia, a su regreso, le dio un masaje sensacional y había curado la herida maravillosamente; herida que, por otra parte, realmente, no era preocupante en absoluto.

—Bueno, ¿qué tal? —rió Leticia.

—Espléndidamente. Podría decirte, incluso, que no me he sentido mejor en toda mi vida.

—¿A pesar de la herida?

—¿Qué herida? —Hito un gesto cómico Mayfair.

Ella rió de nuevo, y se quedó mirándolo. Tony Mayfair, metro ochenta y tres, hombros de atleta, estaba completamente desnudo, y se dio cuenta perfectamente de que la mirada de Leticia no contenía, en aquel momento y en aquel sentido, falsedad alguna. Lo miraba como a un hermoso y poderoso ejemplar masculino que era, simplemente.

—Podrías fumarte un cigarrillo —susurró Leticia.

Mayfair alzó las cejas. Luego, se acercó a la mesita de noche de Leticia y tomó de allí un cigarrillo, que encendió.

Leticia sonrió, y entró en el cuarto de baño... Cuando salió, cinco minutos más tarde, Tony Mayfair quedó con la mano a medio camino hacia la boca, y el cigarrillo ya casi consumido estuvo a punto de caer de sus dedos. Leticia Cosgrove se había soltado completamente el cabello, y aparecía desnuda, reluciente la mirada. Tony apagó el cigarrillo en el cenicero, sin dejar de mirar a la hermosa mujer. Más que nunca tuvo la certeza de que había dado en el blanco, de que se estaba acercando a su objetivo. Sabía que Leticia Cosgrove posiblemente no era del todo sincera al hacer aquello. No del todo, pero bastaba mirar sus ojos para comprender que, como mujer, no estaba fingiendo...

Se puso en pie lentamente, se acercó a ella, y le puso las manos en los hombros, sobre los que resplandecían los cabellos.

—Leticia...

—¡Oh, Tony!, ¿para qué hablar? —susurró ella.

Las manos de Mayfair se deslizaron, resbalaron sobre los vibrantes pechos femeninos, se detuvieron, los acariciaron. Luego, pasaron a la cintura, a la espalda, atrajeron a la mujer... Ella apretó su vientre cálidamente contra la ardiente y poderosa virilidad masculina ya en plena evidencia...

Mientras, así abrazados, se estaban besando, Tony Mayfair creyó oír, abajo, frente a la casa, el motor de un coche... Alguien se iba a llevar el coche de aquellos dos sujetos. Sí, oyó el motor durante unos segundos, alejándose. Luego, nada.

Leticia apartó apenas sus labios de los de él, y jadeó:

—Llévame a la cama...

\* \* \*

En su lecho de muerte, Cheryl Larson parecía mirar a las dos bellas muchachas que, a su vez, la contemplaban. Ni siquiera se habían preocupado de cerrarle los ojos, que ahora sí, parecían dos bolitas de cristal con las pupilas pintadas.

Junto al cadáver de Cheryl, sucios de arena, estaban los de Samuel Decker y Arnold Travers, lívidos, crispados los rostros.

—¡Pobre Cheryl! —exclamó una de las bellas muchachas.

—No entiendo qué placer encuentras en mirarla —refunfuñó la otra.

—Ningún placer. Sólo he querido verla por última vez: era una buena amiga y

compañera de trabajo.

—De acuerdo, pero ya está muerta, ¿no? Vamos, baja esa tapa de una vez: tendremos que abrir la compuerta de un momento a otro.

La otra asintió y bajó la tapa de aquella caja de madera reforzada con escuadras metálicas gruesas, de gran peso, en todas las aristas. La caja debía medir no menos de tres metros de larga por uno y medio de ancha. Era como un enorme ataúd, dentro del cual, con mucho espacio para ellos solos, Cheryl y los otros dos asesinos habían sido vistos por ojos humanos por última vez. La tapa de la caja fue asegurada con el cierre metálico, y luego, las dos muchachas se miraron. Una de ellas miró su reloj y torció el gesto.

La otra encogió los hombros.

—Peor sería que estuvieses tú dentro de la bombonera —comentó.

—¡Eso no tiene gracia!

Se quedaron calladas, hoscas. Se oía el fuerte rumor del avión de carga en el que viajaban. Por las ventanillas sólo podía verse la negrura de la noche, algunas estrellas; abajo, el mar... De la cabina de mandos llegó un hombre.

—¿Está todo preparado? —preguntó.

—Claro. Hace rato.

—Pues este sitio es tan bueno como otro. Adelante.

Las dos muchachas se apartaron de la zona donde estaba la caja reforzada conteniendo tres cadáveres. Una de ellas manipuló los mandos interiores eléctricos... Bajo la caja, las dos grandes compuertas de carga y descarga del avión se abrieron, con un chasquido. La caja desapareció en el acto. La azafata de la Starlines que estaba haciendo trabajo extra volvió a pulsar los mandos, y las compuertas se cerraron...

—Daremos la vuelta —dijo el hombre—. Es mejor que lleguemos de nuevo al aeropuerto antes del amanecer.

Abajo, la caja chocó violentamente con el agua, alzando un gran surtidor de espuma; desapareció bajo ésta, se hundió, reapareció y estuvo flotando durante unos segundos, mientras el agua iba penetrando en el interior por las rendijas adecuadas. Luego, lenta, majestuosamente, abandonó las sombras de la noche para ir en busca de las sombras tenebrosas de la profundidad del mar...

## CAPÍTULO VI

—Muy buenas tardes de un espléndido día —saludó Anthony Mayfair—. ¿Es aquí dónde me espera una chica preciosa?

Emily Persing se apartó de la entrada a su apartamento, y Mayfair entró. La muchacha cerró la puerta y en seguida dijo:

—Usted me mintió, señor Mayfair.

Tony frunció el ceño. Aquella misma tarde, hacia las cuatro, cuando abandonaba las oficinas de la Starlines, Emily se había hecho el encontradizo con él, y, con enorme torpeza, le había deslizado un papelito en un bolsillo de su nueva chaqueta. El pasmo había impedido a Tony reaccionar entonces; había optado, finalmente, por salir de las oficinas, y, ya en la calle y a salvo de miradas inconvenientes, había leído el breve mensaje:

«LE ESPERO ESTA TARDE A LAS SEIS EN MI APARTAMENTO».

—¿Te mentí? —Gruñó—. ¿En qué?

—Cheryl Larson no está muerta.

Mayfairladeó la cabeza y entornó los párpados.

—¿Ah, no?

—No, señor. He estado mirando los servicios del personal de la Starlines, y Cheryl salió ayer por la tarde en el vuelo 201 de la compañía, hacia Nueva York.

—Ya. Pero... ¿viva?

—¡Naturalmente! ¡Iba como azafata, por supuesto!

Tony se encaminó hacia el interior del apartamento, entró en la salita, y se dejó caer en un sillón. No había música, esta tarde.

¿Cheryl Larson había partido *viva* en el vuelo 201? Podría haber sido gracioso si él no la hubiera visto muerta. Pero como no tenía nada de gracioso, Tony se dedicó a pensar. Aunque no tuvo que pensar mucho, desde luego: alguna otra azafata de la Starlines había tomado el puesto de Cheryl Larson, a efectos oficiales. O sea, que constaría que Cheryl había volado a Nueva York. ¿Y luego? Bueno, pues luego, a las oficinas de la Starlines llegaría un telegrama procedente de Nueva York, y firmado por Cheryl Larson, en el que se diría que ella se despedía de la Starlines, y que se quedaba en Nueva York. Si alguien se interesaba alguna vez por Cheryl Larson, todo lo que tendrían que hacer era mostrarle las hojas de vuelo, demostrar que la muchacha había volado a Nueva York, exhibir el telegrama con el que se despedía de la Starlines, y... ¡que buscasen a Cheryl en Nueva York! Incluso era posible que dejasen allá rastros de su paso, en algún hotel o pensión, o apartamento. Y eso sería todo. ¿Acaso tenía obligación la Starlines de saber más cosas de una chica que se había despedido de la compañía?

En cuanto a los dos sujetos, Travers y Decker, todavía debía haber sido más fácil,

ya que no trabajaban directamente en la Starlines, así que, ¿por qué tenían que saber allí algo de dos sujetos desaparecidos de Miami? Esto, en el supuesto de que alguien se interesara por ellos, cosa poco probable, por otra parte, ya que tipos como aquéllos no solían tener amigos, ni nadie que se preocupase por sus vidas.

Alzó la mirada. Emily estaba en la puerta de la salita, mirándole fijamente. Tony esgrimió una sonrisita torcida.

—Gracias por la información, cariño. ¿Me invitas a un *whisky*?

—Usted me mintió. ¡No sé lo que está tramando, pero me mintió, y quiero...!

—Por menos de un centavo, te lleno la cara de bofetadas —masculló Mayfair, con tono áspero—. ¿Eres idiota o qué?

Si yo te digo que Cheryl está muerta, es que está muerta. Y ahora, te diré otra cosa: ocúpate de tus asuntos. ¿Está claro?

—Si Cheryl salió...

—¡No salió hacia ninguna parte, salvo al lugar donde la habrán enterrado, o incinerado, o lo que sea! Escucha, boba de nacimiento, esto es una cosa muy seria, de modo que no te metas. Deja de fisgar en la Starlines, y no se te ocurra volver con recaditos en mis bolsillos... ¡Un elefante lo habría hecho mejor! ¡Y si vuelves a decir que Cheryl salió en el vuelo 201 te mato a mordiscos!

Emily tragó saliva, mientras, de nuevo, contemplaba a Tony con los ojos muy abiertos. Éste se puso en pie, fue hacia la pequeña discoteca, y eligió un LP: Spartacus, de Khachaturian. Lo puso en el tocadiscos, volvió a sentarse, y miró con expresión colérica a Emily.

—¿Y ese *whisky*? —Gruñó.

La muchacha respingó, y se apresuró a preparar un *whisky* con hielo. Cuando se lo llevó a Tony, éste tomó el vaso con una mano, y la muñeca de Emily con otra. Tiró de ella, y la sentó en sus rodillas.

—Aquí tranquila, cariño —bebió un sorbo de *whisky*, con evidente complacencia—. Y ahora, escucha a papá. Y escúchame bien, ¿de acuerdo? Mira, yo estoy trabajando en serio, y puedo decirte que me estoy jugando la vida. Tengo mis razones para hacerlo, y voy a seguir adelante. Pero tú no tienes ninguna razón para jugarte la vida, de modo que vas a limitarte a hacer tu trabajo en la Starlines, como hasta ahora, como si no supieses nada de nada. ¿Cuento con ello? Hay otra cosa: es una tontería enamorarse de mí, porque no soy un buen partido.

—¿Quién se ha enamorado de usted? —exclamó Emily, enrojeciendo bruscamente.

—Tú. Vamos, ¿a quién quieres engañar? Si yo no fuese tu tipo de hombre, ya habrías ido con el cuento de mi supuesta mentira a tu directora, la bella Leticia, incluso quizá a la policía..., y puede que hasta al mismísimo FBI. Pero como estás loca por mis huesos, has querido... convencerte a ti misma de que yo soy el bueno de la película, y que debes continuar a mi lado; has querido que yo te convenza con una explicación, para seguir a mi lado. Eso me parece bien, pero siempre y cuando no te

compliques la vida. Créeme, cariño: en esta ocasión, en efecto, soy el bueno de la película, y punto. Así que olvídale todo, y sobre todo, olvídame a mí. Como suele decirse, no se ha hecho la miel para la boca del asno.

—¡Eres... eres un grosero estúpido...!

—¿Yo? —Se pasmó Tony—. ¿Por qué?

—¡Ni me he enamorado de ti, ni... ni tienes derecho a llamarme asno, ni...!

—Me parece que no lo has entendido —murmuró Mayfair—: el asno soy yo, no tú; tú eres la miel.

Emily se quedó mirándolo incrédulamente. Tony terminó el *whisky* de un trago, y dejó el vaso en el brazo del sillón. Miró a la muchacha, le dio una palmadita en una rodilla, y sonrió.

—Y ahora, si no te importa, tengo que marcharme: me he alejado de Leticia con una excusa, pero no quiero abusar.

—¿Te está esperando ella?

—Naturalmente.

—¿Quieres decir que a ella sí te la mereces?

—A ella, sí. ¿Qué otra cosa puede merecer un asno sino vivir en el estiércol?

—¿Por qué hablas así de ti mismo? Parece como si... te despreciaras.

—Bueno, quizá no tanto, pero no soy precisamente admirable. De modo que si te levantas, este asno podrá salir de palacio para volver a su cuadra.

—¿Y si te pidiera... que te quedaras?

Mayfair abrazó a Emily por la cintura, se puso en pie alzándola, y la depositó en el suelo. Su gesto era sombrío cuando señaló hacia el tocadiscos.

—Disfruta de Khachaturian: sin la menor duda, es muchísimo mejor que mis relinchos. Adiós, cariño.

\* \* \*

—Hola, amor —Tony se sentó en el coche junto a Leticia, y la besó en un lado de la boca—. ¿Hace mucho que esperas?

—No —sonrió ella, expectante—. ¿Dónde has estado?

Tony mostró un pequeño paquete, y Leticia lo miró con curiosidad.

—Ya sé —dijo Tony— que tú tienes mucha más clase que todo esto, pero hay algo que me prometí a mí mismo mientras estaba en prisión, Letty.

—¿Y lo que te prometiste está relacionado con este paquetito tan gracioso?

—Sí. ¿Quieres abrirlo? Es un regalo..., si lo aceptas.

Leticia abrió el paquete, y sacó su contenido. Era un juego de prendas interiores femeninas de las llamadas «picardías», de color rojo violento; la braguita era diminuta, y llevaba puntillas negras; lo mismo el sujetador; y el liguero. Era detonante, vulgar..., pero sugestivo, incitante.

—Cielos —murmuró Leticia, mirando a Tony por el agujero de la copa del sujetador, por donde debían salir la punta de los pechos—. ¡Esto es extraordinario!

—¿Alguna vez has estado en la cárcel?

—¡Claro que no!

—Pues yo sí, ya lo sabes. Y me pasaba noches enteras prometiéndome que en cuanto saliese de allá, y tuviese cuatro centavos, los invertiría en comprarle una cosa así a la chica que me gustase... y estuviese dispuesta a usarla. ¿Te parece demasiado ordinario?

—Bueno, no sé... Vaya, Tony —Leticia se echó a reír de pronto—, ¡no habría esperado nunca una cosa así de ti!

—Espero, al menos, no haberte ofendido —gruñó él.

—Oh, vamos, no seas tonto. Sólo estoy... desconcertada. ¡Y en el fondo, divertida!

—Quizá me estoy pasando de cariñoso al creer que lo de anoche no fue efímero, sino el principio de algo duradero. Bueno, de cariñoso y de optimista.

—¿Te gustaría seguir conmigo, ser mi amante?

—No es una perspectiva desagradable, me parece a mí.

—Eres muy amable... Tony, esta noche no podrá ser, y quizá tampoco mañana. Precisamente, iba a pedirte un favor.

—¿Tú a mí? Gracioso. Dicho y hecho. ¿Cuál es el favor?

—Bueno, tengo... un pequeño problema.

—Dalo por resuelto.

Leticia estuvo unos segundos mirándolo fijamente; luego, sonriendo, metió las «picardías» en su bolso, lo dejó a un lado, y puso el coche en marcha. Tony permaneció con la boca cerrada.

—Bueno —dijo de pronto Leticia—, si tú te has tomado tan en serio lo de anoche, si realmente consideras que todo puede ser duradero y agradable entre nosotros, supongo que no voy a tener más remedio que, ciertamente, confiar en ti, Tony.

—Sabes que puedes hacerlo —gruñó él.

—¿De verdad matarías a alguien si yo te lo pidiera?

Tony Mayfair volvió el rostro hacia Leticia, que conducía atenta a la marcha, con expresión normal, tranquila. Ella le miró un instante de reojo, y sonrió.

—¿Pido demasiado? —murmuró.

—Tengo la impresión de que, en parte, estás poniéndome a prueba —sonrió de pronto Tony—, y en parte te estás burlando de mí, Leticia. Bueno, yo no tengo otra cosa que hacer que pasear en automóvil, y seguir la broma. Pero te advierto que a veces digo cosas que no son bromas. Te lo diré más claro: ¿por qué no dejamos de perder el tiempo y me dices de una vez qué es lo que quieres de mí? No puedo creer que me pidas que mate a una persona, pero si fuese así, lo haría. Y no tengo más que decir.

Ella volvió a mirarlo, ahora seria. De nuevo estuvieron circulando en silencio durante unos minutos..., hasta que sonó el teléfono del coche. Leticia descolgó rápidamente el auricular.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, sí, soy yo.

—...

—Ah. ¿Confirmado? De acuerdo, seguid con lo previsto. Yo me estoy ocupando del resto —colgó el auricular, y dirigió a Mayfair una de sus rápidas miradas sobre la marcha—. ¿Te ha sugerido algo la conversación por teléfono, Tony?

—No se puede decir que hayas sido muy expresiva, y no sé lo que te han dicho..., pero juraría que yo entro en la jugada, de un modo u otro. Lo he deducido al oírte decir que tú te estabas ocupando del resto. Imagino que eso significa que cuentas conmigo, para hacer ese resto.

—Sí, así es. ¿Aceptarías ir a Ciudad de México en uno de los aviones de carga de la Starlines? Ir a Ciudad de México, hacer allá una cosa, y volver..., y todo ello, sin que nadie se enterase. Quiero decir que viajarías en uno de mis aviones de modo... anónimo. No constaría tu viaje a Ciudad de México en parte alguna. Ni siquiera como personal subalterno del avión de carga. ¿Aceptarías, Tony?

—Está aceptado. ¿Qué tengo que hacer en Ciudad de México?

—Creo más conveniente que te lo digan allá. Te estarán esperando unos amigos.

—Muy bien. ¿Qué amigos son éstos? ¿Cómo los identificaré, para estar seguro de que...?

—No tendrás problema en eso, ya que en el vuelo irás con una persona que te dará unas cuantas instrucciones complementarias... Tony, estoy confiando mucho en ti.

Mayfair sonrió, deslizó una mano hacia el muslo de Leticia Cosgrove, y apretó suavemente la tensa carne.

—Lo cual me satisface mucho. Y no te arrepentirás, Letty. ¿Cuándo tengo que salir hacia allá?

—En seguida. A menos que tengas algún problema en ese sentido, claro está.

—Ninguno. Bueno, está eso del FBI, que pueden llamarme en cualquier momento, pero que se vayan al diablo. Sólo voy a estar fuera un par de días, y ellos no van a enterarse, así que si llega el caso les diré que he estado por ahí con una chica, o algo que se me ocurra. Sería diferente si tuviese que tomar un vuelo de línea regular, con pasaje, pero disponiendo de la Starlines, no hay problema: esos tíos listos tendrán que creer lo que les diga.

—De acuerdo. Pero deberás tener mucho cuidado en Ciudad de México, porque si alguien te pudiese ver lo bastante bien para luego identificarte...

—No te preocupes: cuando es necesario puedo ser un gato —Mayfair sonrió—. Un gato negro en la noche, se entiende. De algo tenía que servirme haber estado en las malditas junglas de Vietnam.

—Sí —rió Leticia—. Dicen que no hay mal que por bien no venga. Tony sonrió, volvió a apretar el muslo de Leticia, y retiró la mano.

—¿Vas a llevarme tú al aeropuerto ahora? —preguntó.

—No. Voy a dejarte delante de unos almacenes. Entrarás, comprarás ropa menos seria que la que llevas ahora..., quiero decir, más informal, deportiva. Y nada llamativa. Procura invertir en las compras no menos de media hora. Luego, simplemente, sales de los almacenes.

—¿Y tomo un taxi?

—No, no —rió de nuevo Leticia—. Tú sales de los almacenes, y eso es todo.

—Okay.

Poco después, en efecto, Leticia detenía el coche delante de unos grandes almacenes.

Se miraron, Tony sonrió, y se inclinó hacia ella. La besó en la boca, y susurró:

—Quizá a mi vuelta te decidas a usar esas prendas, Letty.

—Lo pensaré mientras te espero —rió una vez más ella.

Mayfair salió del coche, cruzó la acera, y entró en los almacenes. Allí, calmadamente, se dedicó a comprar ropa deportiva, mirando de cuando en cuando, con disimulo, a su alrededor. No vio nada que le llamase la atención de modo especial.

Habían transcurrido treinta y cinco minutos desde que entrara en los almacenes cuando dio por terminadas sus compras. El empleado que le había entendido se quedó mirándolo con gesto indeciso, y Tony alzó las cejas.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, señor, creo que para el equipo que ha comprado le iría bien un calzado diferente al que lleva ahora. Claro que si usted ya dispone de ese calzado...

—Hombre, me gusta usted, porque está atento a su trabajo —sonrió amablemente Tony—. Pero, realmente, no necesito comprar nada más.

—Muy bien, señor.

La caja. Tony Mayfair pagó su compra. Ningún problema de dinero: Leticia era generosa. Casi cuarenta minutos después de haberse despedido de ella, Tony salía a la calle. Y no se sorprendió en absoluto cuando una preciosa muchacha se le acercó, sonriente.

—Buenas tardes, señor Mayfair.

—Hola, encanto —le guiñó un ojo Tony—. Espera, no me lo digas: ¿a que eres unos de los angelitos del cielo?

—¿Qué?

—Una chica de Starlines. ¿A que sí?

—En efecto —rió la muchacha.

—Siempre me han vuelto loco las azafatas. Lástima que ahora no estés de servicio. ¡Me chiflan vuestros uniformes, con falditas!

—En cierto modo, lo estoy —volvió a reír la preciosa jovencita; señaló hacia la calzada—. Nos están esperando, señor Mayfair.

—Pues vamos allá.

Se sentaron los dos en el asiento posterior de un coche a cuyo volante esperaba

otra jovencita encantadora. El coche se puso en marcha inmediatamente.

—Si yo fuera rico... —canturreó Tony.

Las dos muchachas rieron. La que iba junto a él le miraba con gran interés.

—¿Qué haría usted si fuera rico, señor Mayfair? —inquirió.

—Os contrataría a las dos para... servicios particulares. Nada malo, ¿eh?: quiero decir como chóferes. Bueno, quizá también os propondría que fueseis mis ayudas de cámaras.

—¿Para ayudarle a vestirse?

—Más bien todo lo contrario. Pero como, en el fondo, yo soy muy demócrata, os correspondería del mismo modo.

Rieron las dos. Tony Mayfair sonrió. Tardó muy poco en darse cuenta de que no iban directos hacia el aeropuerto, pero no hizo el menor comentario al respecto. Todo su empeño parecía centrarse en hacer reír a las dos bellas criaturas, cosa que no resultaba nada difícil. Pero, entre broma tonta y broma tonta, Mayfair no dejaba de pensar. ¿Ciudad de México? Bueno, ¿le iban a encargar que matase a alguien? ¿Quizá a algún diplomático como el boliviano Héctor Alcántara? ¿O se trataba de otra cosa? Porque, a fin de cuentas, la Starlines no le necesitaba a él para matar a nadie; disponía de personal sobrado. Tony estaba seguro de que los dos «angelitos» que iban con él en el coche podían muy bien encargarse de esos menesteres...

Ciudad de México. ¿Qué quería Leticia que él hiciera allí?

Cuando llegaron al aeropuerto, ya era de noche, tal como Tony había comprendido que era el propósito de las dos chicas. Dejaron el coche en el estacionamiento, y se dirigieron directamente a una de las pistas, en cuyo extremo divisó uno de los aviones de carga de la Starlines. La escalerilla para el personal de vuelo estaba colocada, de modo que subió en seguida, seguido de las dos azafatas. Hacia popa, la doble gran trampilla del aparato estaba abierta, y un elevador estaba introduciendo una gran caja en el vientre del avión.

—Vamos a los asientos de proa, señor Mayfair —dijo una de las chicas.

Tony asintió, y fue hacia allá. Había una docena de asientos solamente en aquel tipo de aviones, y a medida que se acercaba a ellos, Tony comenzó a distinguir la rubia cabellera sobresaliente del respaldo de uno de los asientos. Otra preciosa chica, sentada de cara a la proa del aparato. Iba a ir muy bien acompañado, de eso no cabía duda.

Llegó a los asientos, pasó junto a la muchacha sentada, sin mirarla, giró, y se sentó en un asiento justo frente a ella, sonriendo, dispuesto a soltar una de sus tontas bromas.

La sonrisa quedó congelada en sus labios. En realidad, fue como si de súbito todo su interior quedase congelado.

—¡Dios mío! —jadeó—, ¡Emily...! ¿Eres tú, Emily?

## CAPÍTULO VII

—Si —dijo una de las chicas que le habían llevado hasta allí—: es Emily Persing, señor Mayfair.

Tony miró a la azafata, y luego volvió su horrorizada mirada hacia Emily Persing, efectivamente sentada frente a él. Pero se podía dudar de que fuese ella, ciertamente. No sólo sus ropas estaban desgarradas, y se veían sus pechos arañados, sino que el rostro de la muchacha estaba hinchado y cubierto por salpicaduras de sangre. Emily yacía como rota, le estaba mirando..., y de sus ojos brotaba, incontenible y silencioso, un raudal de lágrimas.

La mirada de Tony, expresando todavía todo su error ante el espectáculo, se desvió de nuevo hacia las dos lindas muchachas, que ahora le apuntaban firmísimamente con sendas pistolas.

—Le aconsejamos que permanezca en su asiento, señor Mayfair.

Éste miró las armas, se pasó la lengua por los labios, y volvió a mirar a Emily. Se estremeció. Pero no de frío, sino de espanto. Se quitó la chaqueta, y ayudó a Emily a ponérsela, percibiendo los bruscos temblores del cuerpo de la muchacha, que seguía llorando. Las dos azafatas se habían sentado al otro lado del pasillo, en los asientos que daban a éste, y no descuidaban su vigilancia... Desde la cabina, apareció otra azafata, ésta de uniforme, y se acercó al grupo, sonriendo.

—Pronto despegaremos, señor Mayfair —dijo festivamente—. ¡Oh!, supongo que conoce usted a la señorita Persing: es una de las empleadas de las oficinas de la Starlines.

¿La conoce?

Tony le dirigió una mirada asesina. La azafata sonrió divertidísima.

—Claro que la conoce —dijo—. Y no sólo eso, sino que esta misma tarde ha estado con ella en su apartamento. Poco rato, lo que nos hizo pensar que no se trataba de nada demasiado íntimo. Así que tenían que ser otra clase de negocios, y quisimos saber cuáles eran.

Tony Mayfair comprendió.

—¿Me estabais siguiendo a mí? —murmuró.

—Naturalmente. No pensará que la señorita Cosgrove es una pobre tonta, ¿verdad?

¿Cómo había de dejarle a usted suelto por Miami, como si fuese su amigo de toda la vida? Sospechaba de usted, y una vez más nos ha demostrado que ella sabe pensar.

—Quizá no demasiado —replicó secamente Tony—: al parecer, no ha pensado que no estoy solo en esto.

—¡Ya lo creo que lo ha pensado! Y en estos momentos, incluso sabe que es usted un agente del Gobierno, o algo así... ¿Cómo dijo Emily...? ¿El Servicio de Investigaciones Diplomáticas de los Estados Unidos, el SIDE?

Mayfair volvió a mirar a Emily, y vio que sus partidos labios se movían. Se

inclinó hacia ella, para poder oírla.

—Tony, lo..., lo siento —sollozó Emily—. Ellas me... me pegaron tanto que... que...

—No te preocupes, cariño.

—Me... me pegaron tanto, me hicieron... tanto daño...

—Cálmate. Y no te culpes por nada: cualquiera habría hecho lo mismo en tu lugar, nadie es de hierro.

—Es usted muy comprensivo, señor Mayfair —comentó la azafata—. Verdaderamente, la pobre Emily no pudo hacer otra cosa que complacernos a mí y a la compañera que me ayudó en la... conversación —señaló hacia la cabina de mandos—. Y ahora, si me perdona, tengo que volver allá. Creo que vamos a despegar dentro de poco.

—De modo que además de asesina, es usted piloto —murmuró Tony.

—Así es. Y también mi compañera. Es usted un hombre afortunado, señor Mayfair: va a viajar con un grupo de mujeres bonitas... ¡Sólo mujeres, y todas para usted!

Riendo, la azafata se dirigió hacia la cabina. Emily seguía llorando, o, más bien, derramando lágrimas. Mayfair comprendió perfectamente a la muchacha. No lloraba sólo por el daño recibido, sino porque estaba comprendiendo que, por culpa de ella al citarlo a él en su apartamento, las cosas se habían complicado; se habían complicado tanto que parecía que sólo una cosa podía dar la solución: la muerte de ambos.

Pero... ¿y Leticia y sus amigas? No podían ser tan tontas que dejaran de comprender que si Anthony Mayfair se había introducido en la Starlines había sido siguiendo una pista, y que por tanto, la Starlines y como consecuencia ellas mismas, estaban ya en la línea de tiro del SIDE, o del FBI, o del servicio de Inmigración... ¿Qué pensaban hacer? ¿Engañar a todos los servicios de investigación de Estados Unidos? No, no podían ser tan tontas...

Y no lo eran.

Tony Mayfair comprendió esto muy pocos minutos después, cuando, ya cerradas las compuertas de carga del avión, aparecieron en éste Leticia y tres mujeres más, cada una de ellas cargada con un maletín y una maleta. Cuatro en total: faltaba una. Tony no había podido ver los rostros de las amigas de Leticia la noche en que las vio caminar hacia sus automóviles, en la quinta de Leticia, pero sabía que eran las mismas mujeres que ahora se acercaban por el pasillo. Bellas, elegantes..., pero hoscas sus rostros, furiosas sus miradas fijas en él. Pero faltaba una...

Leticia se plantó junto a él.

—No voy a decir que un solo hombre lo ha estropeado todo —dijo fríamente Leticia—, porque si te enviaron a ti es porque ya sabían algo, y supongo que pronto habrías recibido ayuda. O quizá ya la tenías cerca, y en estos momentos te están buscando por Miami..., o quizá están cerca de este avión, pero ya no podrán hacer nada, porque nos vamos inmediatamente...

—Falta Adele —recordó una de las otras.

—Este avión va a despegar dentro de tres minutos, Sally —dijo fríamente Leticia —: si Adele no ha llegado entonces, se quedará en tierra. Sentaros por aquí. Yo voy a decirle a Maggy que nos vamos dentro de dos minutos.

Se alejó hacia la cabina de mandos. Mayfair no podía estar más sombrío. Le habían seguido, habían golpeado a Emily en su apartamento después de que él se marchó, habían telefoneado a Leticia a su coche... Confirmado, le habían dicho: Tony Mayfair las estaba engañando. Esto había hecho comprender a Leticia que todo estaba perdido, así que había avisado a sus amigas, habían recogido lo más imprescindible, y escapaban de Estados Unidos..., pero llevándose a Emily y a él mismo. Y por supuesto, no era una invitación amable.

Miró hacia la entrada del avión. Otra mujer, la quinta, apareció, apresurada. Llevaba un pañuelo a la cabeza, y, pese a que era de noche, lentes de sol. Apenas se le veía el rostro, pero las otras mujeres no tuvieron dificultad en identificarla, evidentemente.

—Adele, querida —dijo una—, creo que has debido llamar la atención más así que si hubieras venido a cara descubierta.

—Eso... es una opinión... tuya —jadeó Adele.

La otra encogió los hombros. Adele se sentó en un asiento aparte, respirando todavía entrecortadamente. Leticia salió de la cabina, la vio, y se volvió a decir algo a las pilotos. Luego, fue a sentarse junto a Emily, y se quedó mirando con expresión de odio a Tony. El avión trepidaba ya suavemente, comenzó a moverse... Tony Mayfair se estaba censurando a sí mismo su soberbia. ¿Por qué no había pedido ayuda antes? Podía haberlo hecho fácilmente, y la habría tenido en el acto, lo sabía. Pero había querido presentar el asunto prácticamente resuelto, había querido hacerlo tan bien... Como siempre. Y una vez más, el querer hacer las cosas bien, le iba a perjudicar. Claro que todavía podía intentar lo que...

—Naturalmente —le sobresaltó la voz de Leticia— no vamos a Ciudad de México, sino a un lugar desde el que podremos pasar fácilmente a Brasil. Como bien sabes, Tony, no hay extradición entre Brasil y Estados Unidos..., y es por eso que hace tiempo, en previsión a un contratiempo como éste, nosotras hemos estado enviando allá la mayor parte de nuestras ganancias. El resto, joyas y dinero en efectivo, lo llevamos en nuestros equipajes..., pero, inevitablemente, dejamos muchas cosas en Estados Unidos. Y todo, por tu culpa.

Tony, que la contemplaba ceñudamente, sonrió de pronto.

—Espero que eso no disminuya tu amor por mi, Leticia —dijo amablemente.

—Perderás las ganas de bromear cuando sepas lo que vamos a hacer contigo y con esta estúpida.

Mayfair miró a Emily, y movió la cabeza.

—No, no es estúpida, pero sí una boba. Se lo dije bien claro: no te metas en nada, olvídalo, sigue haciendo tu trabajo normal en la Starlines... ¿Quizá alguien la vio

cuando deslizó la nota en mi bolsillo?

—Ah, ¿hizo eso? No, no. Sólo te seguían a ti. Un par de...

—Ya sé todo eso, Leticia, así que tu conversación me resulta aburrida. ¿Por qué no hablamos de algo más interesante?

—¿Más interesante?

—Por ejemplo, de todo esto... ¿Qué significa, a qué os dedicáis exactamente?

—¡No se lo digas, Leticia! —exclamó una de sus amigas.

—¿Por qué no? —refunfuñó Leticia—. Tony es un chico listo, que cree que va a saber lo que le interesa, y que luego aparecerá el ángel salvador y le dará el triunfo, y cosas así. Pues, no... No, Tony, esta vez no aparecerá ningún ángel salvador. Eso sólo ocurre en las películas. De modo que podemos hablar..., pero los dos, no yo sola. ¿Por qué te enviaron a investigar la Starlines?

—Por la muerte del diplomático boliviano Héctor Alcántara. Lo matasteis vosotras, ¿no es así?

—Dos de nuestras azafatas —asintió Leticia—. Pero no entiendo qué pista pudisteis conseguir de un hombre muerto, y del que, me consta, no pudisteis encontrar nada que explicase...

—No te canses. Simplemente, Héctor Alcántara no murió en el acto, y pudo mencionar a un agente de policía el nombre de la Starlines..., añadiendo que las azafatas eran unos demonios. Esto era un poco sorprendente, así que mi primer paso fue intentar contacto directo con alguna de ellas; pero, para reforzar más mi... introducción en la Starlines, alguien me inventó y puso en marcha todo el truco del secuestro del avión: era un modo de caer simpático a los altos directivos de la Starlines, y luego, puesto que yo no tenía trabajo, y todo eso, esperaba poder ser empleado por la Starlines..., y meter mis narizotas en todas partes.

—Muy astuto.

—Gracias. ¡Ah!, lo de mi amigo Stan Donegan, otro cuento chino, claro. Quiero decir que existe el tal Donegan, pero lo iban a cazar debido a una denuncia bien estudiada, y aprovechamos el asunto; eso justificaba mi llegada a Miami.

—Pero ¿por qué Miami? Tenemos otras oficinas...

—Vamos, Leticia. Yo puedo haberte parecido tonto, pero algunas cosas de la Starlines las investigamos en seguida, y supimos que había que venir a Miami, donde estaban las principales accionistas de la compañía, una de ellas, directora de ésta, a la vez.

—No parecía que supieras esto cuando...

—Ya basta de tonterías. En realidad, sólo queda una cosa que me intrigue todavía: ¿qué es lo que hacéis que sea *horroroso* en la Starlines?

—¿Horroroso? ¿De dónde has deducido que es horroroso, qué más sabes...?

—No sé nada más. Fue Héctor Alcántara quien dijo que pasaba algo horroroso... ¿Se refería a que vuestras azafatas son unas asesinas, como Cheryl y las que lo asesinaron a él?

—Bueno, en parte, quizá —rió Leticia—. Pero supongo que Alcántara quería ir más allá al decir «horroroso». Se trata...

—Leticia, no tienes por qué decirle a este hombre...

—¿Te quieres callar, Sally? —La interrumpió acremente Leticia—. Voy a decírselo, pero no sólo para complacerlo, sino para que sepa lo que le espera a él y esta tonta de Emily. De acuerdo, Tony, ¿quieres saberlo todo? Pues te lo voy a decir... En principio, la Starlines sólo hacía pequeñas cosas, como pasar drogas desde México y otros lugares a Estados Unidos. Algún que otro pequeño contrabando, y cosas así. Pero, poco a poco, por sí mismo, el negocio se fue... ampliando. Un día, una de nuestras chicas que había aceptado la invitación de un pasajero importante el cual sabíamos muchas cosas, le propuso solucionarle sus problemas. El hombre se quedó muy sorprendido. ¿Problemas? ¿De dónde sacaba ella que él tenía problemas?

—¿Los tenía? —preguntó Tony.

—Los tenía. Problemas derivados de la existencia de un rival político que le hacía sombra, que le estaba pisando todos los pequeños triunfos que él necesitaba para una mayor proyección en su carrera... Bueno, no vale la pena alargarlo mucho; finalmente, nuestra chica llegó a un acuerdo con él, y, pocos días más tarde, el sujeto que había estado haciendo sombra a nuestro cliente, fallecía en un... desdichado accidente.

—Ya, ya.

Leticia sonrió fríamente.

—No dudo que has comprendido que fue asesinado. Al principio, mis socias en la Starlines estaban un poco asustadas. Lo de las drogas y contrabandos nos iba bien, y lo otro les parecía demasiado arriesgado, cuando, siendo más jovencitas, teníamos que soportar a tantos y tantos pasajeros que se creían que con el billete del avión adquirirían también el derecho a acostarse con la azafata, o poco menos.

—Sí —gruñó Tony—, hay tipos así.

—Más de los que te crees. Y ahora, las cosas están un poco más en su sitio, pero cuando nosotras éramos azafatas en activo, era terrible: prácticamente todos los pasajeros querían acostarse con nosotras. Bueno, tampoco había que ser demasiado intransigente, ¿verdad?; así que de cuando en cuando aceptábamos alguna proposición... Siempre de hombres ricos, naturalmente.

—Naturalmente.

—Bueno, también nos divertíamos con pasajeros más... apetitosos cuando nos venía de gusto, no creas. Pero ésos pocas veces tenían dinero. Volvamos a éstos. Un día, me di cuenta de que a poco que me lo propusiera podía conseguir de mi amiguito de turno algo más que regalitos sin demasiada importancia. Creo —sonrió Leticia— que lo que yo hice se llama, en términos legales, chantaje. Le insinué que necesitaba una importante cantidad de dinero, y que él podía prestármela. ¿Qué prefería? ¿Darme un cheque en aquel momento o que fuese a buscarlo cualquier día a su despacho? El hombre palideció, y me dio el cheque. Y no fue sólo aquel cheque, ni

sólo aquel hombre... Cuando les expliqué el truco a algunas de mis amigas que seleccioné —señaló hacia las que le acompañaban, y que escuchaban en silencio—, les pareció estupendo, y lo pusieron en práctica. En fin, que en pocos años reunimos entre todas un capital tan importante que a mí, como una broma, se me ocurrió decir que hasta podríamos tener nuestra propia compañía, nuestra propia línea aérea. A partir de ese momento, nos convertimos en fieras sedientas de dinero, y nuestras extorsiones fueron cada vez más fuertes, más cuantiosas... Total, que finalmente, y gracias también a algunas presiones sobre algunos de nuestros clientes, conseguimos poner en marcha la Starlines. Luego, cada vez más enamoradas del dinero, comenzó lo de las drogas, después lo de pequeños contrabandos, los asesinatos por encargo...

—¿Quién se encargaba de esto? ¿Sólo vuestras azafatas, o tipos como Decker y Travers?

—Generalmente, las azafatas. Siempre es menos susceptible de sospechas sobre estas cosas una mujer que un hombre, ¿no crees?

—Quizá. Pero entonces, ¿de qué servían esos tipos? ¿Sólo de enterradores?

—No, no. De cuando en cuando, alguna azafata se ponía un poco... pesada, y había que quitarla de en medio. Naturalmente, si la hacíamos matar por otras azafatas, la voz se correría entre ellas, y esto podía provocar una... rebelión de nuestras chicas. De modo que cuando una de ellas no nos gustaba, o comenzaba a complicarnos la vida, enviábamos a Decker y Travers a por ella, la chica desaparecía, y asunto terminado. Aunque esto ocurrió muy pocas veces, ya que, claro está, nosotras seleccionábamos muy bien a nuestras chicas, después de vigilarlas y estudiarlas a fondo.

—Claro. Unos angelitos, ya te digo... Y parece que no es personal de esta clase el que os falta, ¿verdad?

—Por suerte, no —sonrió Leticia— te sorprendería saber cuántas jovencitas trabajan para nosotras, querido Tony.

—Oh, sí... Ésa es otra cosa que me tiene intrigado: muchas chicas entran de azafatas en la Starlines, y luego pasan a otras líneas aéreas. ¿A qué es debido que se despidan de la Starlines?

—No, no, nada de eso. No se despiden, sino que son... destinadas a otras líneas aéreas por nosotras. Les damos unas referencias excelentes, y las vamos distribuyendo entre líneas mucho más importantes que la Starlines, en las que viajan pasajeros de mayor interés para nosotras. Esas chicas son las encargadas de buscar clientes en las demás líneas aéreas de todo el mundo, y contactos de todas clases. Son unas chicas inteligentes y eficaces, te lo aseguro. ¡Tenemos tantísimos clientes muy contentos de sus servicios!

—Quieres decir —susurró Mayfair— que hay azafatas asesinas, contrabandistas, y todo lo demás en todo el mundo..., y que todas están bajo vuestra dirección... ¿No es eso?

—Exactamente.

—Pero ¿cómo podéis controlarlas a todas, cómo...?

—Tenemos nuestro fichero y nuestros sistemas de contacto regular. Precisamente —Leticia señaló su maleta—, el fichero de nuestras chicas es lo primero que he recogido en casa, pues, naturalmente, cuando nos instalemos en Brasil seguiremos con el negocio. Es una lástima, sin embargo, que se haya estropeado el de la Starlines, pues era más rentable... ¿Alguna vez has pensado en lo que mucha gente es capaz de pagar con tal de poder venir a trabajar y vivir a los listados Unidos?

—¿Qué quieres decir?

—Hay mucha gente que consigue unos ahorros, o pide dinero prestado para pagar nuestros servicios: dejarlos en Estados Unidos, con visado y una oferta de trabajo. Generalmente, proceden de la América Latina. Nosotros hacemos... amistad con algunos diplomáticos, como Héctor Alcántara, y esos diplomáticos, que conocen bien el asunto, se encargan de reunir a unas cuantas personas dispuestas a cualquier cosa con tal de venir a gozar del alto nivel de vida norteamericano. Ya te digo: piden prestado, o roban, o se gastan todos sus ahorros... Por ejemplo, a un sudamericano le pedimos diez mil dólares por nuestro servicio, y el diplomático de su nacionalidad que trabaja para nosotros, le dice que todo está en orden, que vale la pena pagar. De este modo, el diplomático en cuestión reúne por ejemplo quince o veinte personas, lo que significa entre trescientos mil y quinientos mil dólares, según los casos. De ese dinero, el diplomático se queda el diez por ciento, y el resto nos lo entrega. Ambas partes ganamos dinero. Y sólo de cuando en cuando aparece un caso como el de Héctor Alcántara, que se entera de lo que realmente sucede con sus compatriotas... Entonces, claro, hay que eliminarlo.

Mayfair se pasó la lengua por los labios. Hubiese querido no hacer la pregunta, porque temía la respuesta... Pero hizo la pregunta:

—¿Y qué es lo que realmente sucede con esa gente que paga por venir a vivir a Estados Unidos?

—Bueno, como comprenderás, los visados que se les ofrecen no existen, ni sus empleos en este país... No existe nada, salvo el dinero que ellos nos entregan. Pero ellos no lo saben, se sienten felices, viajan contentísimos. Cuando, en determinado momento, se les dice que, para evitar pequeñas complicaciones es conveniente que se metan en la bombonera, lo hacen de muy buena gana...

—¡La bombonera! ¿Qué es la bombonera?

Leticia señaló por encima de su hombro hacia popa.

—¿Has visto esa gran caja con los cantos reforzados con pesadas escuadras de hierro?

—Sí... Claro. La estaban cargando cuando...

—Ahora está vacía. Siempre está vacía cuando va en busca de latinoamericanos que quieren venir a Estados Unidos.

Luego, la llenamos, la cerramos..., y cuando pasamos por zonas profundas del mar, soltamos la carga.

Emily comenzó a sollozar. Tony Mayfair quedó pálido como un muerto.

—Pero eso es... ¡es horroroso!

—Al parecer, no eres el único que piensa así —sonrió Leticia.

—¡Dios!... ¿Soltáis esa caja para que vaya al fondo del mar... llena de personas vivas, que confían en vosotras, que os han pagado, que van en busca de una vida mejor...?

—Bueno, al menos les quitamos todas sus preocupaciones. ¡Oh!, vamos, Tony, no es tan grave: Cualquier país envía a sus jóvenes a morir en cualquier estúpida guerra, así que no hay que escandalizarse demasiado. ¿Cuál es la diferencia, a fin de cuentas?

—Posiblemente, ninguna —jadeó Mayfair—. ¡Dios! ¡Estáis locas, sois...! No, no estáis locas... ¡Sois malvadas como el mismísimo demonio! ¡Sois auténticos demonios!

—No deberías tomártelo así, querido Tony. Te sugiero que te vayas acostumbrando a la idea de aceptar las bomboneras de la Starlines a fin de cuentas, una de ellas —Leticia volvió a señalar hacia popa— va a ser tu... vivienda para siempre. Había pensado matarte personalmente, pero el placer que experimentaría sería muy inferior al de saber que dentro de poco, en compañía de Emily, vais a viajar hacia el fondo del mar. Naturalmente, vivos. ¡Toda una hermosa y gigantesca bombonera para vosotros dos solitos! ¿Nos permitís que os deseemos feliz luna de miel, querido Tony?

Emily arreció en su llanto, ahora muy audible. Tony miró a la maltratada muchacha, y de nuevo a Leticia. De pronto, para sorpresa de ésta, sonrió.

—Lamento estropearle los planes, Leticia —dijo, suave.

—¿Estropearle...? ¡Oh!, entiendo. Supongo que ahora vas a atacar a nuestras chicas que te están apuntando, para que te maten, y ahorrarte el atroz sufrimiento de bajar al fondo del...

—No, no, no. Simplemente, todos vamos a caer al mar, sobre el que hace rato estamos volando. Y digo *todos*. Todos los que viajamos en este avión..., a menos, claro está, que lleguemos a un acuerdo.

—Me parece que eres tú el que se ha vuelto loco.

—¿Te importa que me quite un zapato?

—¿Qué?

—Un zapato —sonrió Tony de nuevo—. Me parece que no te has dado cuenta de que desde que nos conocemos he llevado siempre los mismos. Pude comprarme varias veces unos nuevos, pero no lo he hecho. ¿No te habías percatado de esto, Leticia?

La mirada de Leticia Cosgrove bajó hacia los zapatos de Tony Mayfair, tensa. Las demás mujeres miraban también a Tony, con expresión un tanto alarmada, además de desconcertada.

—¿Qué pasa con tus zapatos? —murmuró Leticia, por fin.

—En uno de ellos llevo una pequeña radio con la que podía haber pedido ayuda

en cualquier momento, pero he sido tan imbécil que he querido ofrecer a unos amigos el pastel ya terminado. Mucho me temo que la pequeña radio no sirve de nada en estos momentos. Pero sí servirá lo que llevo en el otro zapato: una carga explosiva.

—No es cierto —palideció Leticia.

—Puedo hacerla explotar en cualquier momento, sólo presionando de un modo determinado el tacón. Si lo hago, este avión reventará como un globito de papel.

—¡No es cierto!

—Todo el mundo tranquilo —pidió sonriente Tony Mayfair; se quitó un zapato, desplazó el tacón y torció el gesto—. Vaya, me he equivocado: este tacón es el de la radio. Lo que significa que la carga está *precisamente en el que tengo apoyado en el piso, y que puedo apretar contra éste como yo sé ahora mismo... ¿Lo hago, Leticia?*

Todas las mujeres miraban el hueco del tacón del zapato que Mayfair les mostraba. Efectivamente, en el hueco se veían los dispositivos del pequeño emisor-receptor a transistores. No era ningún truco estúpido: la radio estaba allá. Y si la radio estaba en aquel tacón..., ¿por qué no había de estar la carga explosiva en el otro?

—Estoy esperando, Leticia.

—¿Qué... qué es lo que quieres? —jadeó Leticia.

—No quiero ser demasiado duro ni intransigente en mi trato, porque en ese caso, quizá prefirieseis morir. De modo que no os obligaré a volver a Miami, ni a cualquier otro punto de Estados Unidos. Haremos un convenio... intermedio. Aterrizaremos en el aeropuerto extranjero más cercano, vosotras desembarcaréis, sin dinero, sin equipaje, sin nada... Sólo vuestras vidas. Y yo volveré a Estados Unidos con el avión, y con el fichero de vuestras azafatas asesinas, de vuestros demonios del cielo distribuidos en las líneas aéreas de todo el mundo. Es un buen trato, Leticia. O eso, o morimos **TODOS LOS QUE VIAJAMOS EN ESTE AVIÓN.**

—Estás... estás mintiendo... ¡No llevas ninguna carga explosiva, es sólo un truco!

—Muy bien —endureció la expresión Tony Mayfair—. ¿Quieres que demuestre lo contrario?

—Sí. No llevas nada que...

—¡No! —exclamó una de las chicas armada, pálida, poniéndose en pie de un salto y dejando de apuntar a Mayfair—. ¡Yo no quiero que...!

La última carta.

La mejor.

Y esta carta acababa de jugarla Tony Mayfair. No dejó a la muchacha terminar su frase: la derribó de un directo a la mandíbula que la estrelló contra la ventanilla del avión, al pie de la cual cayó semiaturdida. La otra muchacha no tuvo tiempo de reaccionar: como una zarpa de acero la mano izquierda de Tony se cerró en su muñeca derecha, apartándola de la línea de tiro peligrosa para él. Su otra mano se apresuró a arrebatar el arma de los doloridos dedos. Y estaba empujando a la chica

asesina cuando captó a su izquierda el movimiento al tiempo que oía la voz desgarrada de Emily:

—¡Tony, la pistola...!

Mayfair se volvió justo en el momento en que Leticia, que había saltado hacia la pistola de la otra chica, que había caído en el pasillo, la agarraba con crispados dedos... Sin compasión alguna, Tony disparó su pie derecho, alcanzando de lleno en el rostro a Leticia, que lanzó un alarido mientras salía disparada hacia la parte de popa, por supuesto sin conseguir empuñar la pistola, que escapó de sus dedos. Quedó tendida en el pasillo, con la mandíbula rota, al borde del desvanecimiento, inmóvil...

Mayfair se apresuró a recoger la pistola, de modo que quedó dueño de las dos armas disponibles. Las demás mujeres no habían podido reaccionar en modo alguno, y todas contemplaban con expresión desorbitada a Tony.

Éste señaló con una de las pistolas hacia popa.

—Muy bien, bellas damas —jadeó— ¡todas a la bombonera!

—¡No! —gimió Deborah, poniéndose en pie—. ¡No, eso no, no, no! ¡NO!

—No sea estúpida —gruñó Tony—. ¿Acaso cree que pretendo tirarlas vivas al mar? ¡No soy tan criminal como ustedes! Sólo quiero tenerlas a buen recaudo mientras me ocupo de los demonios de la cabina de mandos. ¡Vamos, todas a la bombonera, he dicho! Y vosotras dos —amenazó a las azafatas, una de las cuales estaba ayudando a incorporarse a la otra—, preciosidades, cargad con la Demonio Mayor y metedla también en la bombonera. ¡Vamos!

Fue obedecido rápidamente, porque, aunque quizá fuese cierto que no era capaz de tirarlas con la bombonera al mar, sí comprendieron que era perfectamente capaz de disparar. Las amigas de Leticia corrieron hacia popa, y alzaron la tapa de la gran caja. Mientras tanto, las dos chicas asesinas ayudaron a ponerse en pie a Leticia, y luego, cuando ya las demás hubieron saltado a la bombonera, la ayudaron a hacer lo mismo.

Leticia recobró el conocimiento, la conciencia total, en el momento en que sus dos chicas la estaban metiendo en la caja, y se quedó mirándolas sin comprender nada durante un par de segundos. De pronto, vio a sus cuatro amigas junto a ella, se dio cuenta de que estaban todas en la bombonera, y quiso gritar... Le salió como un maullido de dolor, debido a su rota mandíbula. Luego, se quedó mirando a Tony Mayfair y consiguió aullar:

—¡No! ¡No quiero...! Mayfair frunció el ceño.

—¿Sabes lo que nunca te perdonaré, mala bestia? —farfulló—: Que hayáis deteriorado de este modo la imagen de las auténticas azafatas, esas chicas que siempre me parecieron estupendas, que son amables, incluso sacrificadas... Pero te diré una cosa, querida: con tu fichero, que pondré en manos de mis superiores, vamos a organizar la retirada de todas sus actividades de esas azafatas asesinas..., que ni siquiera merecen el nombre de azafatas, por supuesto... ¡Sólo el de demonios del cielo! Todas serán detenidas, de modo que cuando yo vuelva a tomar un avión sabré que la chica que será amable y paciente conmigo será una auténtica azafata... ¡Y

ahora, bajad la cabeza, demonios del averno!

Bajó la tapa, rudamente, y todas se encogieron, excepto Leticia, que intentó impedirselo. Pero los fuertes brazos de Tony Mayfair hicieron una fuerte presión última, y la tapa quedó cerrada. Colocó el cierre furiosamente, y regresó junto a Emily, que permanecía sentada, pero que había vuelto la cabeza para mirar lo que ocurría al fondo del avión.

—¿Qué tal? —le sonrió Tony—. ¿Cómo va eso?

Los labios de Emily se movieron, pero Tony perdió en el acto todo interés por lo que pudiera decir la muchacha, porque, más que ver, presintió la presencia de alguien ante la cabina de mandos. Se volvió velozmente y vio allí a una de las pilotos, que se disponía a disparar contra él con una imponente automática.

Dispararon los dos prácticamente a la vez.

La piloto recibió el balazo en el centro del pecho, y fue lanzada, ya muerta, al interior de la cabina..., mientras la bala disparada por ella iba hacia el fondo del avión. Allí, en alguna parte, se produjo el impacto, que provocó un chispazo eléctrico, y en seguida se oyó otro chasquido, y las dos grandes compuertas sobre la que estaba la bombonera se abrieron.

La bombonera desapareció y una ráfaga de aire frío entró en el avión. Mayfair se volvió a mirar el lugar donde había estado la bombonera, con ojos desorbitados. Pero en seguida comprendió que de momento no podía dejarse impresionar por aquello, ni ocuparse en reparar el desperfecto para que la trampilla se cerrase... Quedaba la otra chica en la cabina de mandos, y tenía que dominarla. No iba a ser nada difícil, ciertamente. Sólo tenía que ir allá, y apuntarle a la cabeza, y decirle que pusiera rumbo a Miami de nuevo...

—¡Dios mío! —Oyó el balbuceo de Emily—. ¡Han muerto todas de un modo horrible, Tony!

—Me pregunto qué otra cosa merecían —murmuró Tony, encaminándose hacia la cabina de mandos.

## ÉSTE ES EL FINAL

—Entonces, ¿todo lo que has estado diciendo de ti mismo es mentira? —murmuró Emily, contemplándolo ansiosamente desde la cama de aquel cuarto del hospital.

—Bueno, casi todo —sonrió Mayfair, sentado junto a ella en una silla, sosteniendo un ramo de flores—. A la única que le dije algo de verdad fue a ti: realmente, pertenezco al servicio de Inmigración. Y desde luego, estaba trabajando en colaboración con el FBI. Todo lo demás, paparruchas y comedias para parecer un tipo digamos... poco recomendable. Ya sabes que lo del secuestro del avión fue simulado, con la colaboración de unos amiguetes cubanos, y que Stan Donegan era un granuja que iba a ser detenido de un momento a otro, y se aprovechó la ocasión para justificar mi viaje a Miami en busca de trabajo. Y al ser detenido Donegan, claro, tenía todavía más lógica que yo, como héroe de la Starlines, buscarse trabajo en ésta, y... Oye: ¿éste es todo el tema de conversación que se te ocurre?

—¿Y esas azafatas cuyos nombres constaban en el fichero de la señorita Cosgrove...?

—Están siendo detenidas en todo el mundo, naturalmente. Pero te he hecho una pregunta: ¿no tienes otro tema de conversación?

—La verdad es que... no se me ocurre otro.

—Bueno, pues a mí, sí: estás guapísima.

—¡Tony, no te burles de mí...!

—Quiero decir que en pocos días te has restablecido, y que «casi» estás tan guapa como antes. Caramba, ¡menos mal que no todas las chicas de la Starlines erais demonios! Claro, debían utilizar personal «normal» también, para trabajos que...

—¿Ves? ¡Ahora eres tú el que vuelves a ese tema!

—Tienes razón. ¡Y ya basta de demonios del cielo! Hablemos de angelitos. O sea, de ti... Me han dicho que dentro de tres o cuatro días saldrás de aquí como nueva, y hasta más guapa que antes. Me gustaría saber qué piensas hacer cuando salgas.

—Supongo... que tendré que buscar otro empleo.

—Tengo un empleo para ti: ¿qué te parecería ser mi amante durante unos cuantos años? Y con el tiempo, si te portas bien, quizá hasta llegue a casarme contigo... Ya veremos. ¿Qué te parece?

—Yo también tengo mis exigencias —sonrió dulcemente Emily—. Demuéstrame cómo besas, y si me convences, quizá acepte ser tu amante.

—Cariño —sonrió Mayfair, inclinándose— ¡ya tienes empleo para cuando salgas de aquí!

**FIN**